

# Nick y el Glimmung

**Philip K. Dick**



Lectulandia

Nick está metido en un lío. Tiene un gato llamado Horace, y los gatos son bastante ilegales en la Tierra. De hecho, todas las mascotas son ilegales en la Tierra y Horace ha sido denunciado al agente antimascotas. La única manera que tienen Nick y su familia de quedarse con Horace es emigrar al Planeta del Labrador. Pero en vez de aterrizar en el paraíso que habían imaginado, se encuentran en un planeta en guerra con un ente conocido como Glimmung, un conflicto en el cual Nick y Horace jugarán un papel esencial.

**Lectulandia**

Philip K. Dick

**Nick y el Glimmung**

ePub r1.0

NoTanMalo 02.03.18

Título original: *Nick and the Glimmung*  
Philip K. Dick, 1988  
Traducción: Juan Pascual Martínez  
Ilustraciones de cubierta e interior: Phil Parks

Editor digital: NoTanMalo  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## CAPÍTULO

# 1

Nick sabía exactamente el motivo por el que su familia quería marcharse de la Tierra e irse a otro planeta, a un mundo colonia, y asentarse allí. Tenía que ver con él y con su gato, *Horace*. Desde 1992, poseer un animal de cualquier tipo era ilegal. De hecho, *Horace* era ilegal, estuviese o no en posesión de alguien.

Nick era el propietario de *Horace* desde hacía dos meses, pero había logrado mantenerlo dentro del piso, fuera de la vista. Sin embargo, una mañana, *Horace* se escapó por una ventana abierta y se puso a corretear jugando por el patio trasero que todos los propietarios de los pisos compartían. Alguien, un vecino quizá, se fijó en *Horace* y llamó al agente antimascotas.

—Ya te dije lo que iba a pasar si *Horace* se escapaba alguna vez —le dijo su padre a Nick después de que entre los dos consiguieran atrapar al gato y llevarlo de vuelta a la seguridad del apartamento.

—Pero bueno, no pasa nada —respondió Nick—. Lo hemos encontrado.

Se había quedado sin aliento persiguiendo a *Horace*. El gato, en cambio, parecía tranquilo y respiraba sin ninguna dificultad; se sentó en su lugar acostumbrado delante del calefactor de la sala de estar y empezó a lamerse el cuerpo.

—Sí, sí que pasa —le replicó su padre. Como siempre, estaba tenso y preocupado—. El agente antimascotas aparecerá en menos de cuarenta y ocho horas. No solo nos hará pagar una multa, sino que también se llevará a *Horace*.

—¿La multa será muy grande, Pete? —le preguntó la madre de Nick.

—No me importa la multa —replicó el padre—. Lo que me preocupa es que se lleven a *Horace*. Eso es lo que me importa. No creo que deban llevarse la mascota de un niño, ni a ninguna otra mascota. Ya sé que hoy día la comida escasea. Sé por qué aprobaron las leyes contra las mascotas, pero un gato no come tanto.

—Es la ley —le recordó la madre—. Y la ley hay que cumplirla, estemos de acuerdo o no.

—Podemos irnos de la Tierra —declaró el padre—. Iremos a otro planeta donde sea legal tener mascotas. Y no solo mascotas: podríamos criar ovejas y vacas y gallinas... lo que quisiéramos.

Una extraña sensación se apoderó de Nick al oír a su padre decir aquello, porque supo, por el tono de voz, que hablaba en serio. Su padre estaba pensando de verdad en la posibilidad de irse de la Tierra, como había hecho unas cuantas veces a lo largo de los dos años anteriores.

La Tierra estaba extremadamente superpoblada desde hacía bastante tiempo. Ya había demasiada población, y cada año eran más y más. Nadie vivía en casas ya: lo mismo que la posesión de mascotas, se había convertido en algo ilegal. La gente de

San Francisco, y del resto de sitios, vivía en gigantescos edificios de apartamentos que se alzaban piso tras piso, y que incluso descendían bajo tierra, donde vivían las familias con menos dinero. A medida que aumentó el número de personas, la comida fue escaseando, de ahí la aprobación de las leyes antimascotas y también el surgimiento del temido agente antimascotas. Nick había temido que llegase el día en el que el agente les hiciera una visita desde que había encontrado a *Horace*. Como solía decir su padre, tan solo era cuestión de tiempo. Más tarde o más temprano, el agente antimascotas encontraba a todos los animales... Los encontraba y se los llevaba.

Nadie sabía lo que el agente antimascotas hacía con los animales después de llevárselos.

—Me llevaré a *Horace* muy lejos de aquí —propuso Nick—. Encontraré a alguien que se lo quede. Cuando llegue el agente antimascotas, *Horace* ya no estará.

—¿Es que no quieres irte de la Tierra? —le preguntó su padre—. ¿No quieres vivir en un mundo colonia, donde puedas tener todos los animales que quieras?

—No lo sé —contestó Nick.

Tenía un poco de miedo. Irse tan lejos de casa... a un lugar salvaje lleno de bosques y criaturas peculiares. Un nuevo mundo, una vida diferente, una vida muy dura, o eso decían todos.

Quizá se lo pueda preguntar a mi profesora, se dijo Nick. La señorita Juth podría decirme lo que debo hacer.

—No te obligaré a marcharte a otro planeta si no es algo que quieras hacer de verdad —le aseguró su padre—. Tiene que ser una cosa voluntaria. Tú, tu madre y yo, los tres, tenemos que estar de acuerdo. Debemos hablar de todos y cada uno de los detalles. Hay que pensar en que abandonarías la escuela, por ejemplo.

—Sería muy emocionante —dijo con nerviosismo la madre.

A la mañana siguiente, mientras iba a la escuela en el aerobús, Nick planeó lo que iba a decir.

Pensó que, puesto que el agente antimascotas ya conocía la existencia de *Horace*, podía hablar abiertamente de su animal en la clase. Ya no tendré que mantenerlo en secreto. ¿Qué diría la señorita Juth? Después de todo, tanto él como sus padres habían incumplido la ley. Sin embargo, tenía la sensación de que a la señorita Juth le gustaban los animales.

—Buenos días, niños —dijo la señorita Juth.

Bueno, quien los saludó fue su imagen en la gran pantalla de televisión que había en la parte delantera de la clase. La señorita Juth, como todos los profesores, tenía demasiadas clases que impartir, así que no podía aparecer en persona en ninguna de ellas. En vez de eso, hablaba con todos sus alumnos, en todas sus clases, a través de la pantalla de televisión. En la clase de Nick había sesenta y cinco alumnos, y la

señorita Juth (según les había explicado) tenía que impartir clases a otras nueve aulas, con lo que, en total, la señorita Juth tenía unos seiscientos alumnos. Sin embargo, parecía capaz de reconocer a todos y cada uno de ellos, o al menos esa impresión tenía Nick. Cuando le hablaba desde la gran pantalla de televisión parecía mirarlo directamente a él, parecía verlo con la misma claridad con que lo oía. Nick solía tener la sensación de que la señorita Juth estaba en la clase de verdad.

Nick y los demás alumnos respondieron:

—Buenos días, señorita Juth.

—Hoy vamos a estudiar... —empezó a decir la señorita Juth, pero se interrumpió—. Veo que Nick Graham ha levantado la mano. Nick, el periodo de debate para tu clase no comienza hasta esta tarde. ¿No puedes esperar hasta entonces?

Nick se puso en pie para hablar.

—Tengo un problema difícil, señorita Juth. No puede esperar. Tengo que preguntárselo ahora mismo.

—¿Crees que les resultará de interés al resto de las clases? —quiso saber la señorita Juth—. Si es así, te activaré para que te vean y te oigan en todas ellas.

Nick inspiró profundamente antes de contestar.

—Se trata de mi gato.

—Dios bendito, Nick —dijo la señorita Juth tras recuperarse del asombro. Luego se dirigió a todas sus clases—: ¿Cuántos sabíais que Nicholas Graham tenía un gato?

Las luces del «sí» y del «no» se encendieron. De todas las clases, solo Donald Hedge, el mejor amigo de Nick, pulsó el «sí». El recuento dio seiscientos dos noes, un sí y once indecisos.

—Pero Nick, el agente antimascotas va a encontrar a tu gata y se la va a llevar, ¿no es así? —dijo la señorita Juth.

—Es un gato, y el agente antimascotas no tardará en llegar. Por eso necesito hablar con usted ahora mismo.

La señorita Juth se dirigió al resto de las clases.

—¿Cuántos de vosotros creéis que el agente antimascotas debería llevarse al gato de Nick? A ver qué habéis votado... —En esa ocasión, aparecieron doscientos sesenta y cinco noes y trescientos setenta y cuatro síes—. Nick, la mayoría de los estudiantes creen que deberías entregar a tu gato y cumplir la ley, lo que incluye, según creo, pagar una multa.

—Mi padre cree que deberíamos emigrar a otro planeta —respondió Nick de sopetón—. Donde podamos quedarnos con *Horace*.

—Qué idea más interesante —respondió la señorita Juth—. Muy original, y debo decir que muy valiente. ¿Y bien, niños? ¿Qué os parece? Vamos a votar si Nick y su familia deberían o no emigrar a otro planeta.

Alguien levantó la mano en la clase de Nick. Era Sally Sedge.

—¿Qué quiere decir «emigrar», señorita Juth? —preguntó.

—Nick, ¿puedes explicarle a Sally lo que significa «emigrar»? —le pidió la

señorita Juth.

—Significa irse a vivir a otro sitio —le contestó Nick—. No visitarlo sin más, sino quedarse allí.

—Ah, vale. Es interesante saberlo —dijo Sally Sedge.

—Bueno, vamos a votar si el padre de Nick tiene razón en su decisión de emigrar de la Tierra —declaró la señorita Juth.

Los votos fueron ciento ochenta y nueve noes y cuatrocientos treinta y ocho síes, además de un puñado de indecisos.

—Los niños están de acuerdo con la decisión de tu padre —le comunicó la señorita Juth—. Sin embargo, yo también debo votar, y ya sabéis que mi voto es decisivo. —Pulsó un botón de su escritorio y todas las luces del «sí» se apagaron. Al votar «no», la señorita Juth los había eliminado. A continuación, se explicó—: Nick, estoy en contra de que emigres porque en los mundos colonia no hay escuelas adecuadas. Tu formación se interrumpiría y nunca llegarías a conseguir un trabajo.

—Pero no quiero separarme de *Horace*.

Una mano se levantó al otro lado del pasillo de Nick. Era su amigo, Donald Hedge.

—A lo mejor Nick podría ser médico de animales —dijo cuando la señorita Juth lo señaló.

—Pero como ya no hay animales en la Tierra, no necesitamos médicos para ellos —le recordó la señorita Juth.

Donald Hedge insistió.

—Podría ser médico de animales en el planeta colonia al que emigre.

—No sé, no sé... —respondió la señorita Juth dubitativa mientras meneaba la cabeza—. Quizá estés haciendo lo que hay que hacer, Nick. A lo mejor estoy equivocada. Pero es que no creo que el gato sea lo bastante importante como para que tú y tu familia cambiéis por completo de vida, como para llegar, de hecho, a abandonar la Tierra. Tu padre, por ejemplo, tendrá que dejar su trabajo. ¿Has pensado en eso?

Nick ya tenía preparada la respuesta.

—Mi padre no está contento con su trabajo. Tiene la sensación de que no está consiguiendo nada. Lo único que hace es...

—Lo siento, pero debemos centrarnos en nuestro primer tema del día —lo interrumpió la señorita Juth—. Un tema que es vital: «¿Cómo abrirse camino para entrar en el aerobús?». Eso es lo que debemos preguntarnos. Subirse a un aerobús público es difícil, incluso para los adultos, ya que hoy en día hay muchas personas que quieren subir a un mismo aerobús en el mismo momento. Pulsad el botón A de vuestro escritorio y aparecerá el material escrito sobre este tema. Mientras tanto, en la pantalla veréis qué puede salir mal a la hora de subirse a un aerobús. A vosotros podría pasaros lo mismo que le está pasando al hombre que aparece en este momento.

Donald Hedge se inclinó hacia Nick para hablarle en susurros:

—Creo que es de lo más justo para tu gato. Quiero decir lo de emigrar. Y mira cuánta gente ha votado que sí. La mayoría de los niños están de acuerdo.

Un robot monitor situado en una de las esquinas de la clase les advirtió con una voz fuerte y metálica:

—Prohibido hablar.

—Y no tendrías que venir a la escuela. Al menos no a esta clase de escuela, donde solo ves a la profesora en una pantalla de televisión, donde no la ves ni hablas con ella de verdad. Y nos ha dicho que tiene otras nueve clases —dijo Donald para acabar.

—Me gusta la escuela —respondió Nick—. Y siempre he tenido la sensación de que la señorita Juth de verdad me ve y me habla directamente a mí.

—Eso es una ilusión —le replicó Donald con un tono de voz que mostraba que lo sabía todo, o que pensaba que lo sabía todo.

—Llamaré a la policía a menos que cese la charla —los amenazó el robot monitor.

Nick sabía que era una grabación que salía de los circuitos del robot. En realidad, nunca llamaba a la policía. No lo había hecho jamás a lo largo de todos los años que había pasado en la misma clase con él.

¿De verdad quiero irme a otro planeta?, se preguntó Nick mientras pulsaba el botón A de su escritorio. ¿Merece la pena, solo por conservar a *Horace*?

Una buena pregunta. Una pregunta que, en ese momento, no era capaz de contestar.

## CAPÍTULO

### 2

Esa noche, cuando Nick volvió a casa del colegio, se encontró con un hombre alto de cabello oscuro, con un maletín, esperándolo en la sala de estar. Nick jamás lo había visto.

—¿Usted es el agente antimascotas? —le preguntó Nick con el corazón encogido por el miedo.

Miró a su alrededor, pero no vio rastro alguno de *Horace*. Quizá el agente ya lo había cogido. Quizá *Horace* ya estaba metido en ese maletín. Sin embargo, el maletín no mostraba ningún bulto, así que era poco probable.

La madre de Nick le habló desde la cocina:

—Nick, te presento al señor Deverest. Trabaja en un periódico. Quiere hacerle una entrevista a tu padre. —Entró en la sala de estar secándose las manos. Tenía la cara brillante por la emoción—. Van a escribir sobre la situación de *Horace* y lo que se puede hacer al respecto.

—¿Cómo se ha enterado de lo de *Horace*? —le preguntó Nick al señor Deverest.

—Tenemos vías secretas —le respondió el señor Deverest con amabilidad. Miró a un lado y a otro de la sala con una ceja gris alzada—. No veo al gato. ¿Está fuera?

—El señor Deverest va a sacarle unas cuantas fotos a *Horace* —le explicó su madre—. Para despertar la simpatía del público hacia él.

—¿El gato está fuera? —insistió el señor Deverest mientras cogía su maletín, del que sacó una cámara y una grabadora de voz.

—*Horace* nunca está fuera —explicó Nick—. Salvo ayer, por un error.

No estaba seguro de querer enseñarle su gato al periodista. Cuanta menos atención atrajera *Horace*, mejor, o eso decía a menudo su padre. Sin embargo, desde el día anterior, todo había cambiado.

—Nick quiere esperar hasta que su padre llegue a casa —le explicó la madre al periodista. Puso una mano suavemente sobre el hombro de Nick—. Si Pete está de acuerdo, le enseñaremos el gato.

Pero en ese mismo momento *Horace* entró en la sala. Había oído la voz de Nick y, como era su costumbre, salió de donde fuera que estuviera para saludarlo.

—No es un gato muy grande —comentó el periodista en un tono que sonó a decepción.

—Se nota que no ha visto un gato desde hace mucho tiempo. *Horace* es bastante grande.

El gato miró de reojo al periodista con gesto de leve sospecha. Se detuvo y se sentó, sin adentrarse más en la sala.

A Nick le parecía que su gato era grande, pero la verdad es que *Horace* era un

tanto pequeño. Curiosamente, tenía papada, un remolino de pelo blanco que le iba de una oreja a la otra. La mayor parte del cuerpo lo cubría un pelaje negro; en realidad todo, a excepción del vientre, las zarpas y la esponjosa papada, aparte de una máscara blanca de bandido que le cubría la parte inferior de la cara. *Horace* mostraba un comportamiento solemne, como si sopesara cuidadosamente cada movimiento antes de hacerlo... o de no hacerlo, como fue el caso en ese momento. Tenía unos bigotes blancos anormalmente largos, lo que le daba el aspecto de un anciano sabio, un erudito de avanzada edad y gran conocimiento, con poco que decir. El gato parecía observarlo todo, entender a todos y todo lo que pasaba, pero sin tener mucho que añadir. Comprendía, pero no comentaba; se mantenía apartado e imparcial.

Durante un tiempo, sobre todo durante su primer año de vida, *Horace* había estado haciendo una Pregunta. Solía sentarse delante de una persona para luego levantar sus ojos verdes, sobresalientes y redondos, semejantes a unos botones de cristal cosidos a su piel, y la boquita un poco abierta, como si estuviera preocupado. Así, con la mirada levantada y la frente fruncida levemente, el gato musitaba un único maullido de barítono y luego esperaba una respuesta, una respuesta para una Pregunta que nadie era capaz de adivinar. ¿Qué es lo que pregunta *Horace*?, se habían dicho los miembros de la familia en algún momento. El gato siempre esperaba una respuesta, pero, por supuesto, esta no había llegado nunca. Poco a poco, con el paso de los meses, el gato dejó de hacer la Pregunta, aunque su perplejidad se mantenía intacta hasta ese día.

*Horace* miraba en ese momento al periodista con su preocupación habitual. No era confusión sin más. *Horace* no estaba preguntando «¿Quién eres?» o «¿Por qué estás aquí?». Parecía querer saber algo más profundo, quizá algo filosófico. Pero, por desgracia, nadie lo sabría jamás. Desde luego, el periodista no: el señor Deverest le devolvió aquella mirada silenciosa con cierta incomodidad, una reacción que mostraba la mayor parte de la gente ante el escrutinio de *Horace*.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó el señor Deverest, como si estuviera alarmado.

—Nadie lo ha sabido hasta ahora —le contestó Nick.

—¿Puedo hacerle una foto? —pidió el periodista.

—Claro —respondió Nick, aunque lo que en realidad quería era que su padre ya estuviera en casa.

El padre de Nick trabajaba quince horas a la semana, lo que era todo un privilegio. A la mayoría de la gente no la dejaban trabajar más de diez horas a la semana. En el mundo había personas afortunadas a las que les permitían trabajar veinte horas, y en el caso de la gente extremadamente acaudalada o poderosa, veintidós horas. Tener permitido trabajar era el mayor honor que una persona podía recibir, porque había tanta gente viva que era imposible que hubiera suficiente trabajo para todos. Mucha

gente desafortunada no había trabajado ni un solo día de su vida. Por supuesto, lo solicitaban, suplicaban que se les permitiera trabajar, escribían documentos extensos con su formación, sus habilidades y sus cualificaciones. Las solicitudes quedaban codificadas e introducidas en ordenadores enormes... Y las personas esperaban. Pasaba un año tras otro y seguía sin llegar ningún trabajo. Una espera en vano. Así pues, el padre de Nick, según el estándar de vida habitual, era bastante afortunado.

Y, sin embargo, Nick sabía que a su padre no le gustaba su trabajo. Ni siquiera lo consideraba un trabajo de verdad, como los que había tenido la gente en los viejos tiempos. Se trataba más bien de un trabajo imaginario. A su padre le pagaban un sueldo, tenía una mesa en una oficina, pero...

—Si yo dejase de existir, todo seguiría perfectamente sin mí —dijo una vez—. Podrían eliminar mi puesto de trabajo tras mi desaparición y no provocaría daño alguno. No se notaría su ausencia. No se notaría mi ausencia.

Lo había afirmado con aspecto abatido, y la madre de Nick protestó al oírlo:

—Pero ¡eso se puede decir de la mayoría de los trabajos! Los ordenadores lo hacen prácticamente todo.

—Ojalá pudiéramos vivir en un mundo donde existieran tareas de verdad, ocupaciones de importancia real. En los viejos tiempos, había hombres, a los que llamaban «artesanos», que creaban objetos hermosos con sus propias manos. Creaban objetos valiosos, como zapatos y muebles. Arreglaban coches y televisores. Antes, las manos de una persona eran importantes. Miradme las manos. —Y las levantó para que Nick y la señora Graham las vieran—. No crean nada ni arreglan nada. Me pregunto para qué estoy aquí. ¿Existo para hacer un trabajo? No. El trabajo simplemente existe para crearme la ilusión de que hago algo. Pero ¿qué es lo que hago en realidad? Ed St. James, que está en la mesa de al lado, examina documentos, y luego, si son correctos, los firma. Después de firmarlos, me los pasa. Yo me aseguro de que no se ha olvidado de firmarlos tras comprobar que son correctos. En estos cuatro años, Ed St. James jamás se ha equivocado. Siempre ha firmado todos los documentos antes de pasármelos.

—Pero a lo mejor algún día sí que se olvida —dijo la madre de Nick.

—¿Y qué? —le replicó su padre—. ¿Qué pasaría si Ed St. James no firmase un documento? ¿Se va a venir abajo nuestra empresa? ¿Reinará el terror en las calles? Los documentos no significan nada. Existen para crear trabajos. Un hombre los dicta. Otro hombre o mujer los pasa a máquina. Ed St. James los firma y yo me aseguro de que los ha firmado. Luego se los entrego a Robert Hall, que está sentado a la mesa que tengo a la izquierda, y él los dobla. A su izquierda hay alguien sentado, alguien a quien nunca he visto. Esa persona sin rasgos se dedica a meter los documentos doblados en sobres, si van a mandarlos, o en una carpeta si los van a archivar.

A esas alturas, el padre de Nick había adoptado un aspecto abatido de verdad.

El periodista miró fijamente a *Horace* y habló con un tono de duda en la voz:

—No parece muy ágil.

A Nick le entró un ataque de rabia.

—¿Cómo iba a ser ágil? —bufó—. No tiene ocasión de salir a la calle ni de hacer nada. Cuando emigremos...

Se calló de repente, al darse cuenta de que había hablado demasiado.

El hombre alzó las dos cejas.

—¿Ah? ¿Van a marcharse de la Tierra por *Horace*?

Tras un momento de silencio, la madre de Nick le contestó:

—En realidad es por varias razones.

—Pero el gato es una de ellas, ¿no? —El periodista encendió la grabadora y siguió hablando mientras ajustaba el micrófono—. ¿Algún planeta colonia en concreto, señora Graham?

—El Planeta del Labrador —respondió la madre de Nick.

El periodista se quedó con la boca abierta, incrédulo.

—¿El Planeta del Labrador? Pero eso está muy muy lejos. Y es un lugar salvaje. —El señor Deverest se volvió hacia Nick y lo miró fijamente, con expresión interrogativa—. ¿Son conscientes de la extraña diversidad de animales que hay allí? Son animales a los que se les han dado unos nombres muy peculiares, unos nombres que indican su naturaleza antinatural.

—¿Siempre utiliza unas palabras tan largas, señor Deverest? —le preguntó Nick, a quien le molestaban mucho las palabras largas. Sabía que las palabras más cortas eran igual de válidas, si no mejores.

—Déjenme explicarlo de otra manera —respondió el periodista—. Lo que vive en el Planeta del Labrador no son gatos, perros ni periquitos. Los gatos, perros y periquitos son criaturas de la Tierra, por las que siento respeto y cariño. Son encantadoras y valiosas, como, por ejemplo, su gato. —El periodista se agachó para acariciarle la cabeza a *Horace*. El gato echó la cabeza hacia atrás en un gesto de rechazo y agitó los bigotes—. Nos tienen cariño, y nosotros a ellas, aunque haya leyes en su contra. Supongo que el cariño que sentimos es hacia su recuerdo.

—Querrá decir nuestro recuerdo —intervino la madre de Nick—. El recuerdo que tenemos nosotros de los animales que vivían en el pasado. O, como en el caso de *Horace*, de su presencia real, pero ilegal.

El periodista siguió hablándole a Nick.

—Tú y tus padres os encontraréis con pocos humanos en el Planeta del Labrador. Cuando os retiréis por la noche, la oscuridad se habrá instalado por todas partes. No veréis las luces de otras casas. No pasará por encima ningún aerocoche. No veréis la tele porque allí no hay televisión. Por la mañana no habrá periódicos. Y en cuanto a la escuela...

La madre de Nick lo interrumpió:

—Todo eso ya lo sabemos, señor Deverest.

—¿Y los wubs? —dijo el periodista—. ¿Saben ustedes que existen los wubs?

—No —respondió Nick.

Se preguntó qué sería un wub. Por el nombre, se imaginó una criatura grande y redonda, con las patas cortas y el pellejo carcomido, además de una nariz enorme y achatada y unos ojos pequeños.

—Hay wubs por todo el planeta. En cuanto se crucen con uno, querrán regresar a la Tierra. Son criaturas feas y aburridas. No parecen tener alma. Aunque suelen contar relatos largos y pesados, lo que más les interesa es la comida. Hablan de comida, sueñan con comida.

—¿Qué aspecto tienen?

—Son grandes y redondos, con las patas cortas y el pellejo carcomido, además de una nariz enorme y achatada y los ojos pequeños —respondió el periodista.

—Exactamente como me los imaginaba —comentó Nick—. Lo supe por el nombre.

—Además de los wubs, están los impresores, los trobes y las criaturas-padre. También hay nunks, Nick. Los científicos de la Tierra conocen muy bien a los nunks del Planeta del Labrador. Son criaturas agresivas, pero muy muy pequeñas... cosa que se agradece mucho. Tampoco es que sean muy listos, y eso se agradece también.

—Creo que he leído algo sobre los nunks —comentó Nick.

No era verdad, pero al decirlo así, con tranquilidad, esperaba mostrarle al periodista que no sentía miedo.

—Y los zancajos —añadió el periodista—. Por Dios, ¿qué van a hacer allí, con todos esos zancajos? Tienen que pensárselo bien antes de responder. Es verdad que he oído que son criaturas amistosas con los humanos, que su verdadero enemigo son los werjes. También es cierto que los zancajos...

Se calló de golpe cuando alguien abrió la puerta de la calle.

Se trataba de un individuo fornido que llevaba puesto un uniforme metálico y un casco a juego, alguien a quien Nick no había visto nunca. Se quedó en la entrada, con un rostro de expresión mezquina y desagradable, como si nada le importara, como si viviera en un mundo de hielo y hierro.

—Soy el agente antimascotas.

Tenía una voz fría, como las cenizas extintas.

## CAPÍTULO

### 3

—Ay, Dios —exclamó la madre de Nick al ver al agente antimascotas. Se volvió hacia su hijo—. Ojalá tu padre estuviera en casa. Temía que ocurriera algo así.

*Horace*, que seguía en el centro del salón, miró al agente antimascotas con su habitual desgana. Estaba claro que no era consciente de quién era el agente antimascotas, ni de para qué había ido. Esas cuestiones tan simples no le interesaban.

—*Horace*, entra en la cocina —le dijo Nick—. Espérame ahí.

El corazón le palpitaba con más miedo que nunca. Sin embargo, al mismo tiempo, se sentía tranquilo. Por fin había sucedido: el agente antimascotas había aparecido para llevarse a *Horace*. En cierto modo, Nick se sintió aliviado. Por lo menos se había acabado la angustiada espera.

—Así que usted es el agente antimascotas —comentó el periodista mientras levantaba la cámara para sacar una fotografía.

—No queremos publicidad de esto —respondió el agente antimascotas con una voz rasposa y aguda, una voz que encajaba a la perfección con su rostro cruel.

—Claro que no —coincidió el señor Deverest, y le hizo una foto—. Ahora voy a sacar otra de usted metiendo a *Horace* en esa jaula que lleva. Y luego otra de...

—No me voy a llevar al chico —lo interrumpió el agente—. Me voy a llevar a un animal. Para ser exactos, a un gato.

—*Horace* es el gato —le replicó Nick—. Yo soy Nick Graham.

—Que venga el gato —dijo el agente antimascotas. Se sentó en el sofá y abrió la jaula—. Si hacemos esto tranquilamente será más fácil para todo el mundo, y así se armará el menor lío posible.

El señor Deverest le sacó una foto a la jaula.

—A los lectores de los periódicos les interesará ver esa trampa para animales pequeños —apuntó el periodista—. Ya apenas se ven cosas así hoy día porque quedan muy pocos perros y gatos. —Apuntó la cámara hacia Nick—. ¿Vas a llorar? Si lo haces, también me gustaría sacar una foto de eso.

—No voy a llorar —contestó Nick.

—No es una trampa para animales pequeños —explicó el agente antimascotas—. Se trata de una buena jaula sanitaria, que se utiliza para trasladar animales de un lado a otro. No se trata de hacer daño. —Se arrodilló y alargó la mano con un pequeño trozo de comida—. Ven, gatito —lo llamó con su voz rasposa.

El gato se lo quedó mirando con su habitual expresión de ignorancia, sin comprender lo que querían que hiciera. O quizá estaba fingiendo. *Horace* lograba parecer estúpido en muchas ocasiones, cuando le convenía. Nick sospechaba que *Horace* sabía más de lo que demostraba. Como la mayoría de los animales, era

inteligente cuando se trataba de conseguir algo. De hecho, comenzó a caminar hacia atrás alejándose del agente antimascotas y su jaula: se estaba escapando con movimientos lentos y sigilosos.

—Va a entrar en la cocina —dijo el agente con voz enfadada.

—*Horace* siempre entra en la cocina —replicó Nick—. Da igual lo que esté pasando. «Ante la duda, come». Esa es su regla.

—Su regla de raspa.

—¿Cómo dice? —le preguntó Nick.

El señor Deverest se lo explicó:

—En el caso de las personas, hablamos de que se tienen «reglas de oro». Pero lo más valioso para un gato no es el oro, así que decimos que tienen «reglas de raspa».

*Horace*, siguiendo su regla de raspa, se adentró más en la cocina.

—¡Deténganlo! —exclamó el agente antimascotas.

—Nadie puede detenerlo cuando se dirige a la cocina —le explicó Nick.

El agente se sacó del cinturón un tubo de metal con el que señaló hacia el animal.

—Lo dormiré y así se acabará su actividad ilegal: caminando hacia atrás hasta la cocina.

—¿Desde cuándo es ilegal caminar hacia atrás para entrar en una cocina? —quiso saber el señor Deverest.

—Todo lo que hagan los gatos es ilegal —le contestó el agente mientras apuntaba el brillante tubo de metal en dirección a *Horace*—. Caminar de lado hacia la cocina, por ejemplo, es ilegal para los gatos. Caminar de lado por la calle es especialmente ilegal. Caminar hacia adelante para...

—Ya pillamos la idea —lo interrumpió con brusquedad el señor Deverest.

No parecía que le cayera bien el agente antimascotas, un sentimiento que Nick compartía.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo una nueva voz. El padre de Nick estaba en la puerta principal, alto y fornido, con gesto serio—. ¿Quién es usted? —le preguntó a Deverest, y luego vio al agente antimascotas.

El agente, que hasta ese momento se había mostrado completamente seguro de su valía y dignidad, miró al padre de Nick y se encogió.

—¿Es usted Peter Graham? —preguntó con voz vacilante—. ¿Propietario de un gato? ¿Propietario de ese gato?

Señaló a *Horace*, que había dejado de caminar hacia atrás y permanecía sentado en mitad de la cocina con expresión preocupada en el rostro. Tanto el gato como el agente antimascotas tenían el mismo aspecto. Los dos parecían culpables e incómodos. Aunque, por supuesto, ese era el aspecto habitual de *Horace*. Sin embargo, daba la impresión de que el agente prefería otra clase de actitud mental.

—Por ley, tenemos dos días para deshacernos por nuestra cuenta de la mascota. No puede llevárselo antes.

Agarró al agente antimascotas del hombro y lo empujó hacia la puerta de la casa.

—Qué maravilla de imagen —comentó el señor Deverest mientras apretaba una y otra vez el disparador de la cámara y seguía al agente—. Qué final tan ignominioso para un funcionario de la burocracia.

El agente permaneció con aspecto torpe al lado de la puerta.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Nick al señor Deverest.

El periodista le contestó lleno de satisfacción:

—Significa que el agente antimascotas debe cumplir la ley exactamente igual que todos los demás, solo que, en este caso, no le gusta. La ley va contra sus deseos.

—Entonces, es una buena ley —afirmó la madre de Nick.

—Es una buena ley —repitió el señor Deverest mostrándose de acuerdo mientras sacaba otra fotografía del agente antimascotas—. Sin embargo, hay otra ley que estará de parte de él dentro de dos días.

—Pero dentro de dos días nosotros estaremos de camino hacia el Planeta del Labrador —dijo el padre de Nick mientras se volvía hacia ellos—. Y *Horace* estará con nosotros. El agente antimascotas no tiene jurisdicción en el espacio exterior. Su ley no nos afectará. Una nueva ley, la ley de la realidad, protegerá a *Horace* en los años venideros.

—A menos que un werj se lo coma —apuntó el señor Deverest—. Olvidé describirte a los werjes que viven en el Planeta del Labrador, aparte de los wubs y los impresores y todos los demás. Según tengo entendido, los werjes poseen un...

—El Planeta del Labrador no supone solo el peligro de que te atrape un werj alado salvaje —lo interrumpió el padre de Nick—. Conozco a los werjes. También conozco los otros peligros, tanto para *Horace* como para nosotros. Pero el Planeta del Labrador también son bosques y una gran extensión de prados. Es un lugar verde protegido para que *Horace* juegue sin que nadie lo vea. Habrá zonas de pastos, campos llenos de ratones. Habrá ríos que bajen hasta el mar. Viviremos entre la hierba. *Horace* cazará bajo una luna ámbar que iluminará los riscos y los recovecos. La fruta recolectada con nuestras propias manos llenará las cestas de nuestras vidas. Plantaremos y cultivaremos; cosecharemos; la lluvia nos limpiará y el sol brillante del día nos... —Se calló un momento, pensativo—. Lo que quiera que haga el sol. Lo normal.

—Tiene sueños que yo jamás he tenido —dijo el agente antimascotas con voz pesarosa.

—¿Nunca sueña? —le preguntó el padre de Nick.

—Una vez sí soñé —contestó el agente—. Soñé que estaba en el béisbol, en un partido entre los Giants y los Dodgers.

Se calló, y todo el mundo se quedó esperando que continuara.

—¿Qué pasó? —quiso saber Nick.

El agente antimascotas contestó con tristeza.

—Me echaron del juego en la segunda parte de la primera entrada. No recuerdo lo que pasó después. Hay una cortina en mi mente que oculta todo ese sector de mi

memoria.

—Venga con nosotros —le ofreció la madre de Nick con voz amable—. Tendrá sueños que jamás se había imaginado. Con eso quiero decir que dejará de ser el agente antimascotas y se revelará su verdadera personalidad. Florecerá como...

Se quedó pensativa varios segundos, buscando decir lo más adecuado.

—Como un klake cornudo —remató el agente antimascotas con su voz rasposa habitual, despojado de la gentileza que había mostrado durante un momento.

—¿Qué es un klake? —le preguntó Nick.

No le gustó cómo sonaba aquel nombre. Sugería algo reptante que acechaba en las aguas profundas, lejos del alcance del ser humano y de la luz de la media tarde.

—Hay klakes cornudos en el Planeta del Labrador. Cualquiera de ellos podría atrapar a tu gato en un instante y llevárselo a un pico rocoso, entre los huesos y las plumas de otras criaturas que ya haya devorado. Son enemigos de todo.

—¡Basta! —exclamó el padre de Nick con aspereza, con la cara enrojecida por la rabia.

—Tiene razón —argumentó el señor Deverest—. Me refiero a lo de los klakes. También es verdad que hay pocos klakes en el Planeta del Labrador. Una vez escribimos un artículo al respecto. En aquel entonces, había que tenerles mucho miedo, pero no tanto últimamente.

—No tenemos miedo —afirmó Nick mientras contenía la pequeña sensación de temor que parecía haberse instalado en el estómago—. De todas maneras, *Horace* sabe esconderse. Puede hacerse casi invisible.

—La verdad es que se integra con su entorno —coincidió el padre de Nick—. Es capaz de volverse increíblemente poco visible si la situación lo requiere. —Miró al agente antimascotas con evidente disgusto—. Ya ve todo el tiempo que lo ha esquivado *Horace*.

—Adiós —se despidió el agente con voz sombría.

La puerta principal se cerró tras él.

—Se ha ido, pero volverá —afirmó la madre de Nick.

El señor Graham habló mientras ponía una mano sobre el hombro de Nick y la otra en el de su esposa.

—Pero nosotros no estaremos aquí. Ya está decidido: he reservado un pasaje para los cuatro en una nave que parte del sistema solar en dirección al Planeta del Labrador. Esta noche tenemos que hacer las maletas. Hay que darse prisa.

—Lo de «para los cuatro»... —inquirió el señor Deverest—, ¿me incluye a mí? Lo pregunto porque no creo que pueda acompañarlos. Por ejemplo, tengo que...

—Me refería a mi familia —no lo dejó continuar el padre de Nick—. Para mí, mi esposa, mi hijo y nuestro gato. —Se volvió hacia Nick—. Asegúrate de que nos llevamos todas las cosas de *Horace*, su plato, su collar y su comida. También la caja de arena, su cama y el ratón de hierba gatera que le compramos el mes pasado y que nunca utiliza.

El Planeta del Labrador, se dijo Nick. Me pregunto cómo será. Bueno, pronto lo sabría.

—Recogeré todas las cosas de *Horace* —le dijo a su padre.

—Y las tuyas también —respondió este mientras miraba el reloj para ver cuánto tiempo les quedaba antes de que la nave partiera.

## CAPÍTULO

### 4

Los cuatro fueron en aerocoche hasta el puerto espacial, donde los esperaba la nave. Nick se dio cuenta de que estaba temblando por la emoción. La nave, enorme, apoyada en uno de sus extremos, se alzaba hacia el cielo como una botella gruesa. De sus motores surgían volutas de vapor. Vio aquí y allá unas cuantas figuras humanas diminutas y afanosas.

A Nick le pareció que *Horace* reaccionaba de un modo extraño al ver la gran nave. Pese a estar rodeado de sus posesiones, el gato se encogió sobre sí mismo, como si estuviera deprimido. No prestó atención alguna a la tarea de trasladar los paquetes y las cajas del aerocoche a la nave. En vez de eso, se dedicó a intentar sacar un trozo de lápiz que se había caído dentro de un hueco.

—Los gatos resisten bien los viajes —comentó el padre de Nick—. Se puede decir lo mismo de casi todos los gatos, aunque de vez en cuando aparecen casos de alguno que se une a un circo o se aleja flotando en el mar sobre un bloque de hielo. *Horace* estará bien.

No tardaron en tenerlo todo a bordo de la nave.

—Es nuestro último día en la Tierra —dijo su padre mientras los aseguraban en sus asientos especiales—. Ya no volveremos a verla —añadió con tristeza.

El tripulante que estaba colocando a *Horace* tiró demasiado fuerte del correa y el gato lo mordió en un ataque de rabia.

—Tranquilo, *Horace* —le calmó el padre de Nick.

—No quiere irse —comentó este.

—Es verdad —admitió su padre—. Pero en cuanto llegemos, le parecerá bien. A los gatos les gustan poco los cambios. Poseen lo que se llama una elevada cualidad inercial, o más bien, una introversión de su actitud psíquica.

—¿Qué quiere decir eso? —inquirió Nick.

—No significa nada en absoluto. No ha sido más que un pensamiento al azar que se me ha ocurrido. ¿Cuánto tardaremos en llegar al Planeta del Labrador? —le preguntó a un tripulante que pasó por delante de ellos.

—Todavía no hemos despegado —le replicó este sin detenerse.

—Ya sé que todavía no hemos despegado —afirmó el padre de Nick en respuesta. Parecía más preocupado de lo habitual.

—Tranquilo, Pete —le dijo su mujer con una sonrisa.

—Lo que tengo —continuó el padre— es una elevada cualidad inercial o, como a veces se la llama, una introversión de la mente. Es algo que no puedo evitar. Me sentiré mejor cuando llevemos un tiempo allí. Pero ahora mismo...

—Relájese, hombre —le dijo un tripulante mientras recorría el pasillo entre los

asientos—. Está asustando al gato.

—No soy precisamente una de esas personas que hace que los gatos tengan miedo —gruñó el padre de Nick.

Una voz resonó procedente de un altavoz situado en el otro extremo de la nave.

—«Señoras y caballeros, despegaremos dentro de dos minutos. Asegúrense de que tienen los cinturones correctamente abrochados. Si llevan un animal con ustedes, un perro, un gato o un periquito, agárrenlo con las dos manos, porque según nuestra experiencia a lo largo de los años, un perro o un gato o un periquito se deslizan bajo los cinturones durante el despegue y, debido a esto, suelen caer sobre la parte de atrás de la nave».

El enorme motor rugió y toda la estructura vibró.

—Allá vamos —dijo el padre de Nick en voz alta para hacerse oír por encima del rugido.

En aquel momento tan importante, *Horace* tuvo un ataque de tos. Con los ojos cerrados y la cabeza agachada, tosió una y otra vez.

—*Horace*, ¿es que siempre tiene que darte un ataque de tos cuando ocurre algo importante? —lo reprendió el padre de Nick.

*Horace* siguió tosiendo y tosiendo, sin levantar la vista y sin contestar.

Como un trueno liberado, la nave ascendió hacia el cielo matutino de la Tierra.

El viaje duró diez días. Nick pasó la mayor parte del tiempo en la sala de juegos de la nave, batiéndose al pimpón con un oponente electrónico que nunca fallaba un golpe. Sus padres vieron cintas de entretenimiento, y cuando se aburrieron de ellas, otras educativas que les hablaban de su punto de destino.

*Horace* se escondió en la lavandería en cuanto lo soltaron. Nick lo hizo salir ofreciéndole una pelota de pimpón, con la que *Horace* jugó durante las largas horas vacías de la travesía.

Espero que la vida sea más emocionante en el Planeta del Labrador, se dijo bastantes veces Nick durante el viaje.

—Miau —maulló *Horace* mientras esperaba que tirara hacia él la pelota de pimpón.

En el gato se había producido un extraño cambio desde que partieron de la Tierra. Cuando no estaba jugando con la pelota de pimpón, se dedicaba a mirar fijamente la pared de la nave, como si estuviera esperando que algo saliera de ella. Quizá oiga algo, pensó Nick en una ocasión. Algo fuera de la nave que él cree que está intentando entrar. Además, a veces, después del periodo de sueño, Nick se encontraba a su gato en una de las estanterías altas de los armarios de provisiones. En esos momentos, el animal parecía sumido en una profunda meditación. Se sentaba con las patas delanteras debajo del cuerpo y lucía unos ojos... grandes y redondos. No como los ojos de un gato, sino más bien como los de un ser humano, salvo porque, por

supuesto, eran de un profundo color verde oscuro. Y en esas ocasiones, *Horace* tenía las comisuras de la boca hacia abajo, como las de una anciana menuda.

—Tienes que adaptarte a esta nueva situación —le dijo una vez Nick alzando la vista hacia la estantería donde se encontraba—. Las cosas no pueden ser iguales para siempre. Todos debemos adaptarnos, incluso mi padre.

*Horace* se quedó mirando a Nick con los ojos abiertos y las comisuras hacia abajo, en silencio, sin mover un solo músculo, ni siquiera la cola.

—Somos colonizadores —siguió Nick—. Mi padre dice que despejaremos los campos y plantaremos cosechas. Tú podrás ir subido en el arado e indicarle a mi padre por dónde ir. —Se quedó esperando, pero el gato no respondió—. Podrás perseguir a los wubs —añadió Nick con voz esperanzada.

*Horace* lo miró desde arriba. En silencio.

—A los impresores —continuó Nick—. Podrás perseguir a los impresores.

El gato no dijo nada. Ni siquiera se movió.

—A los trobes —siguió enumerando Nick.

*Horace* cerró lentamente los ojos.

—A las criaturas-padre.

El gato se dispuso a dormir.

—Y a los nunks —exclamó Nick para despertarlo—. Y a los zancajos también, *Horace*. ¿Qué me dices de los zancajos? Ahí está el tema principal. ¿Qué hay de los zancajos? Piensa en ellos.

*Horace* abrió sus grandes ojos verdes de par en par y volvió a bajar la comisura de los labios. Parecía muy preocupado y no muy dueño de sí mismo. Estaba claro que los zancajos lo perturbaban.

—Vas a necesitar que te ayudemos para enfrentarte a los zancajos, así que no te muestres altivo —le dijo Nick—. No confíes en tus zarpas y en tus inteligentes tácticas evasivas gatunas.

Había oído a su padre hablarle así a *Horace*, y parecía que eso despertaba siempre en el gato una conducta adecuada, durante un rato, al menos.

La madre de Nick apareció a su espalda.

—No sirve de nada razonar con un gato, con ningún gato. Lo tendrá que descubrir por sí mismo.

—Vendrás volando a pedirnos ayuda —le dijo Nick al felino—. En cuanto el primer zancajo intente atraparte.

Una vez más, los ojos verdes de *Horace* comenzaron a cerrarse. Pero no lo hicieron del todo. Inquieto, continuó observando a Nick, y escuchando lo que le decía.

De repente, la voz del capitán resonó por todos los altavoces colocados a lo largo y ancho de la nave.

—«Señoras y caballeros, no tardaremos en aterrizar brevemente en el Planeta del Labrador, donde desembarcarán tres pasajeros y un gato, recogeremos correo y

comida y efectuaremos unas cuantas reparaciones de escasa importancia. Por favor, vuelvan a sentarse y abróchense bien los cinturones».

—Ya hemos llegado —musitó Nick, casi incapaz de creérselo—. Vamos, *Horace*. Vuelve a tu asiento.

## CAPÍTULO

### 5

Bajo ellos, un mundo de color naranja flotaba rodeado de nieblas, como si humeara bajo la luz del cercano sol.

—Parece que está vivo —comentó la madre de Nick, y se estremeció de emoción—. Bosques de color naranja. Qué curioso. No lo mencionaban en las cintas educativas. Supongo que se olvidaron de incluirlo.

—El color naranja se debe a que la mayor parte de la vida vegetal del planeta se basa en el silicio para su metabolismo, en vez de en el carbono —les explicó el padre.

Nick entendió a lo que se refería, o eso le pareció.

—Pero aquí crecerán las plantas basadas en el carbono, ¿no? —le preguntó a su padre.

—Sí —le confirmó este—. Traemos semillas de trigo y de algunas verduras. Las plantaremos y crecerán de un tamaño mayor que en la Tierra gracias a ciertas cualidades de esta atmósfera.

—Relájese, hombre —le dijo un tripulante que pasó por delante de sus asientos—. Está confundiendo al muchacho y asustando al gato.

El padre de Nick le respondió con rudeza.

—Yo no confundo a ningún niño.

La nave aterrizó suavemente en la superficie del planeta con el retumbar sordo de los retrocohetes. Al mirar por la ventana, Nick vio los lejanos árboles y matorrales amarillentos. Y allí, en el límite del plano campo de aterrizaje, un gran animal que los esperaba.

—¡Un wub! —exclamó, y el corazón se le aceleró.

La criatura tenía un amplio rostro de apariencia blanda, con una especie de bondad gentil en sus rasgos. No parecía ser demasiado inteligente, pero al menos tenía un aspecto amable. Cuando la escotilla de la nave se abrió, el wub avanzó a trompicones sobre sus patas cortas y el cuerpo semejante a un barril se balanceó de un lado a otro. Tenía una cola pequeña y de aspecto ridículo que agitaba sin parar, y Nick se echó a reír. De momento, bien, decidió. Aquella forma de vida parecía totalmente inofensiva.

—Está tirando de una carreta —dijo la madre de Nick sorprendida.

Los cuatro —Nick llevaba sujeto entre sus brazos a *Horace*— bajaron por la rampa hasta llegar al suelo polvoriento. Los tripulantes descargaron su equipaje. Dejaron las maletas y las cajas en el suelo y comprobaron que estuvieran todos los bultos. Luego se llevaron a bordo unos cuantos paquetes que estaban apilados allí cerca.

Pocos minutos después, con un rugido tremendo, la nave ascendió hacia el cielo

con los cohetes parpadeando por los chorros de fuego. Se quedó inmóvil durante un momento, y luego comenzó a ascender de nuevo. Nick la observó hasta que, por fin, desapareció de la vista y el rugido de los cohetes fue sustituido por el silencio.

Ya estamos aquí, se dijo Nick. Se olvidó de la nave y se volvió hacia el wub.

Con la carreta de aspecto primitivo bamboleándose a su espalda, el wub avanzó torpemente hasta que por fin llegó donde esperaban ellos. Cuando se detuvo, se sentó, acalorado y polvoriento, pero con apariencia amistosa.

—¿Sabe hablar? —le preguntó Nick a su padre.

Este le habló al wub con lentitud y claridad.

—¿Cabemos todos en tu carreta? ¿Incluido el equipaje?

El wub lo miró fijamente durante un momento y luego metió una extremidad en una pequeña bolsa que llevaba colgada del cuello. Sacó una tarjeta, que sostuvo en alto. En la tarjeta había escrito:

¿CÓMO ESTÁN? YO ESTOY BIEN. POR UN COBRE LOS LLEVARÉ DONDE QUIERAN.

Nick y su padre cargaron el equipaje en la carreta. Luego, los cuatro, con Nick agarrando todavía con fuerza a *Horace*, se subieron a la carreta junto a sus pertenencias.

El wub sacó otra tarjeta.

ME GUSTARÍA RECIBIR EL COBRE AHORA.

El padre de Nick le pagó el cobre, que colocó dentro de la bolsa que llevaba el wub al cuello. Muy lentamente, con las patas moviéndose como pistones por el esfuerzo, el wub comenzó a avanzar. La carreta, con ellos dentro, se bamboleaba ruidosamente a su espalda.

—¿Cómo sabe adónde vamos? —preguntó la madre de Nick.

—Voy a preguntárselo. —El padre de Nick sacó un mapa del Planeta del Labrador, lo desenrolló y lo estudió durante unos segundos—. ¡Para un momento! —le gritó al wub—. Quiero enseñarte dónde están nuestras tierras.

El wub se detuvo. Se quedó descansando, con aspecto agotado por el esfuerzo de tirar de ellos y de sus posesiones. Luego, con un gruñido, rebuscó dentro de la bolsa que llevaba al cuello y sacó otra tarjeta, que le entregó al padre de Nick. Este la leyó. La tarjeta decía:

NO, NO ESTÁN.

El padre de Nick frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir «No, no están»? —preguntó volviéndose hacia su hijo.

—Quizá ha sacado una tarjeta equivocada —sugirió este.

Entonces le habló al wub en voz bastante alta:

—Creo que has sacado la tarjeta equivocada. Te he dicho que quería enseñarte dónde están nuestras tierras.

Habló lentamente, pronunciando con claridad, para que el wub lo entendiera. No parecía una criatura sobrada de inteligencia.

El wub agarró rápidamente la tarjeta, la miró con atención, y luego la metió de nuevo en la bolsa. Sacó otra de inmediato y la sostuvo en alto para que la pudieran leer.

NO TENGO LA TARJETA ADECUADA CON LA QUE RESPONDER A SU PREGUNTA.

—¡No era una pregunta! —respondió el padre de Nick con exasperación—. ¡Solo quiero enseñarte el mapa! —Sostuvo en alto el mapa para que el wub lo viera y con un dedo lo recorrió hasta mostrarle la zona a la que querían ir—. ¿Lo ves? Son las tierras que las Naciones Unidas nos han concedido. Según me han dicho, hay una casa de bloques de basalto ahí, además de agua, y cierta cantidad de máquinas robóticas de labrantío. ¿Puedes llevarnos hasta allí? ¿Está muy lejos?

El wub movió la mandíbula como si masticara durante unos segundos y se quedó pensativo. Luego rebuscó dentro de la bolsa la tarjeta adecuada. En esta ponía:

LE DEVOLVERÉ SU COBRE.

—Me parece que no soy capaz de comunicarme con esta criatura. —Se volvió hacia Nick—. Prueba tú. Yo me rindo. Enséñale el mapa. Indícale el punto que he señalado.

—Quizá no entiende los mapas —sugirió la madre de Nick—. Quizá piensa de un modo distinto, no como nosotros. Quizá los mapas no significan nada para ellos.

—Si es así, no sé cómo vamos a hacer para que nos lleve a nuestras tierras, y no veo otro medio de transporte —respondió el padre, con aspecto de estar molesto.

El wub fue revisando minuciosamente todas las tarjetas. Las metió una tras otra en la bolsa hasta que, por fin, se quedó solo con una, que le entregó a Nick con aspecto esperanzado.

NO, NUNCA ME HE PERDIDO EN CINCO AÑOS.

—Está intentando ayudar —comentó la madre de Nick—. Creo que en realidad es un animal muy bueno, pero es que no tiene tarjetas suficientes para hacer frente a todas las situaciones que se producen.

—Dale el mapa —le dijo su padre a Nick—. Haz que lo coja.

Este lo obedeció. El wub lo manoseó, o más bien lo movió con las zarpas, como haría *Horace*, y luego... se lo comió.

Los cuatro lo miraron en silencio, hasta que desapareció el último fragmento de mapa. El wub soltó un hipido, meneó la cabeza como si quisiera despejarse y sacó

otra tarjeta de la bolsa que llevaba al cuello.

#### LOS WUB COMEN DE TODO.

—Es evidente —replicó el padre de Nick, más asombrado que enfadado.

No parecía saber qué hacer una vez desaparecido el mapa. La madre le habló entonces al wub pronunciando cuidadosamente cada palabra:

—Hemos venido a este planeta para asentarnos como colonos. Ahora que te has comido nuestro mapa no tenemos modo de saber adónde ir. ¿Puedes ayudarnos? —Se quedó esperando, pero el wub no contestó. Continuó moviendo la mandíbula de un modo nervioso, como si rumiara, como si deseara ayudar pero sin saber cómo—. Tiene que haber otros humanos cerca de este lugar —añadió ella al cabo—. ¿Nos podrías llevar con ellos? —Se volvió hacia su marido—. Quizá nos podrán ayudar.

—Creo que por allí lejos se ven unos edificios —dijo Nick señalando en dirección al lugar donde le parecía distinguir unas vagas siluetas en el horizonte—. Vamos hacia esa zona.

Esperaba que fueran edificios, y si lo eran, que los hubieran construido los humanos.

—Creo que son moradas de los werjes —añadió su padre con una expresión sombría y preocupada.

De las extrañas siluetas semejantes a tubos que formaban aquellos edificios surgió una hilera de puntos parpadeantes que ascendieron hacia el cielo.

El wub sacó otra tarjeta de inmediato.

#### ¡WERJES!

—No me equivocaba —comentó el padre de Nick.

Los puntos se dirigieron hacia ellos aumentando de tamaño a medida que se acercaban. Eran muchos, un enjambre recortado contra el cielo de la última hora de la tarde. Nick pensó que parecían motas de ceniza surgidas de una chimenea retorcida. Se estremeció.

## CAPÍTULO

### 6

Los puntos se acercaron más y más hasta que dejaron de ser puntos. Se convirtieron en velas aladas que aprovechaban el viento. Parecían flotar más que volar. Como planeadores, reflexionó Nick. Planeadores de piel, de pellejo negro y correoso. Le parecieron muy viejos.

—¿Estamos en peligro? —le preguntó al wub el padre de Nick.

Por toda respuesta, el wub comenzó a avanzar con pesadez. Con cada tirón de la carreta resoplaba con un sonido asmático. El wub avanzó cada vez más y más deprisa, pero, de repente, tropezó y cayó. La carreta se balanceó con fuerza y se inclinó peligrosamente. Osciló, lo que provocó la caída de varias cajas y maletas, antes de volver a su posición original.

—¿Dónde está *Horace*? —preguntó la madre de Nick con pánico en la voz.

Este miró rápidamente a su alrededor. Varias de las cajas que se habían caído de la carreta estaban abiertas. Su contenido, en su mayor parte ropa, yacía esparcido al lado de la carreta. Podía ver todo aquello, pero no así a *Horace*.

—¡*Horace*! —gritó—. ¿Dónde estás?

—Quizá esté debajo de la carreta —sugirió su padre.

El wub se había levantado de nuevo, trastabillando sobre sus cortas y gruesas patas, y comenzó a acelerar otra vez.

Detrás de la carreta, corriendo en dirección totalmente opuesta, una pequeña figura blanca y negra se alejaba a toda velocidad, tan rápido como podía.

—¡Allí está! —chilló Nick—. ¡Está intentando volver a la nave!

*Horace* no se ha dado cuenta de que ya se ha marchado, pensó Nick. La nave ya no estaba allí.

—¡Da la vuelta! —le ordenó el padre de Nick al wub—. ¡Tenemos que volver a por nuestro gato!

Sin embargo, el wub siguió avanzando. *Horace* se volvió más y más pequeño. Lo único que Nick veía ya era un pequeño punto en movimiento, una diminuta mancha blanca y negra que disminuía de tamaño con cada segundo que pasaba. *Horace* ya casi había llegado al lugar donde había aterrizado la nave.

Uno de los werjes cayó del cielo como una piedra con las alas pegadas al cuerpo. A Nick le pareció un paraguas antiguo, un paraguas reseco y arrugado con garras que se retorcían en el aire. El werj descendió un poco por delante de *Horace* y luego abrió por completo sus alas como velas. El gato siguió su carrera, directamente hacia la criatura.

—¡*Horace*! —gritó Nick—. ¡Abre los ojos!

El gato, sin embargo, continuó corriendo con los ojos cerrados.

El werj lo atrapó y salió despedido hacia arriba de nuevo para reunirse con los demás werjes. El enjambre se dedicó a dar vueltas sobre ellos, sin acercarse a la carreta pero sin alejarse. Parecían indecisos.

—Lo hemos perdido —dijo su padre en voz baja, con el rostro pálido.

Un werj solitario se apartó de la bandada y se dirigió hacia la carreta. Se quedó flotando sobre ellos, casi inmóvil. Nick levantó la mirada y lo vio de cerca, y contempló sus ojos.

En ellos captó el infinito, una sucesión interminable de espejos lúgubres, en la que él mismo se devolvía la mirada, con su propio rostro distorsionado en una mueca burlona de pena y miedo. Vio su propio miedo, la conmoción por haber perdido a *Horace*. Vio todo eso retorcido por los ojos viejos y vacíos del werj, así que fue como si se estuviese burlando de sí mismo, de su propia preocupación y angustia. Y aparte de todo eso, vio todavía más. Vio más allá de su reflejo retorcido. Vio algo innombrable que se asomaba desde las profundidades del werj; no del propio werj, sino de algo que vivía dentro de aquella criatura, una silueta que jadeaba en busca de aire, como si estuviera aislada del mundo pero quisiera volver a él.

Nick pensó que el werj no era más que un receptáculo. Una especie de caja. Y que se había tragado algo desagradable, algo que no estaba muerto, algo que quizá no podía morir jamás. Cerró los ojos porque no quería ver nada más. Ya había visto suficiente del werj y de la criatura que vivía aquella vida sin cuerpo en su interior.

El werj aleteó ruidosamente hasta posarse en el suelo delante de la carreta. Habló con una voz áspera y chillona.

—Hemos decidido devolveros vuestro animal. Nos repugna. Huele a pescado. Huele a mar. Pero a cambio, queremos un favor.

El werj emitió un graznido agudo y uno de los otros que los sobrevolaban, de color más grisáceo, descendió y caminó repiqueteando sobre unas patas palmeadas hasta detenerse al lado de la carreta.

Llevaba a *Horace* atrapado entre sus fauces con dientes como agujas.

El gato parecía extremadamente enfadado.

—Suéltalo —le dijo el padre de Nick.

—Aquí estamos librando una guerra —dijo el primer werj—. Flota sobre los valles de este planeta como un humo maligno y pegajoso. Al venir, habéis quedado involucrados en ella, y el favor que queremos guarda relación con esa guerra. Nosotros mismos formamos parte de ella. Llevamos luchando desde hace mucho tiempo; estamos muy cansados.

—Vosotros soltad a nuestro gato —repitió el padre de Nick.

—Preguntadle a vuestro wub si todo esto es verdad —dijo el primer werj—. Os lo dirá. El wub conoce nuestra gran guerra.

El wub sacó de la bolsa que llevaba al cuello una tarjeta sucia y muy usada.

sí.

—Entiendo —dijo el padre de Nick, y no parecía nada contento.

Nick se dirigió a los werjes.

—¿Podrías soltar ya a *Horace*, por favor?

No era capaz de pensar en otra cosa. Su gato lo miró desde las fauces del segundo werj. Parecía pequeño, ansioso y extremadamente descontento.

—Suelta a la criatura que huele a pescado —le dijo el primer werj a su compañero.

El segundo werj obedeció y abrió sus largas fauces para dejar a *Horace* en el suelo.

Este se alejó corriendo del werj, pero, como era habitual, en la dirección equivocada.

—¡*Horace!* —gritó Nick con desesperación—. ¡Ven aquí! —Sin embargo, el gato siguió corriendo alejándose cada vez más de la carreta. Había visto un árbol y su intención era esconderse allí, como de costumbre—. ¿Voy a por él? —le preguntó Nick a su padre, y empezó a bajarse de la carreta, pero este lo agarró con fuerza del brazo.

—Espera hasta que los werjes se hayan ido —le indicó—. Entonces será seguro que baje del árbol, y lo hará en cuanto vea que la costa está despejada.

Nick se volvió hacia el primer werj.

—¿Qué es eso que vive dentro de ti? Esa cosa horrible que veo detrás de tus ojos. No lo había visto en el otro werj, solo en el primero.

—Es consciente de Glimmung —dijo el segundo werj.

—Nadie puede ver a Glimmung —replicó con sequedad el primer werj—. Es invisible.

—Sea como sea, ha percibido al errante que llevas dentro —insistió el otro werj. Se volvió hacia Nick—. Glimmung nos hizo viejos. Hará viejo al mundo en sí, si tiene el tiempo suficiente. Glimmung es... —se quedó callado unos momentos en su intento de explicar lo que quería decir... el tejedor de la tela del porvenir. Ha traído con él el destino del planeta, y ahora ya es demasiado tarde como para que ninguno de nosotros pueda escapar.

—¿Ese «nosotros» nos incluye? —quiso saber Nick.

—Todo el mundo está incluido —le respondió el primer werj, ¿o era Glimmung hablando a través de él? Nick no podía saberlo—. Todo el que viene aquí lo está —añadió el werj, y los ojos le brillaron como rocas agrietadas e iluminadas—. Te lo meteré en el alma, te meteré el recuerdo de la llegada de Glimmung, en los primeros tiempos. En aquel entonces, todos vivíamos juntos: trobes e impresores, wubs, nunks, nosotros... Toda la vida que florecía en este mundo, incluida la hierba del campo. Sí, incluso la hierba y los árboles. Era un mundo privilegiado, una tierra en la que jugar, donde disfrutar de las vistas y los movimientos, el parpadeo del viento que sopla sobre los campos al anochecer. Entonces vivíamos de común acuerdo los unos con los otros.

—Y entonces llegó Glimmung —dijo el segundo werj.

—¿De dónde vino? —quiso saber Nick.

—De una estrella —le explicó el segundo werj—. Una estrella quemada y muerta que se había apagado, que ya no ardía. Hay muy pocas estrellas frías como esa. El frío fue devorando más y más a Glimmung hasta que al final se marchó, llevándose ese frío con él.

El wub, después de rebuscar una vez más en la bolsa que llevaba al cuello, sacó otra de sus tarjetas impresas.

¿CÓMO ESTÁN? YO ESTOY BIEN. POR UN COBRE LOS LLEVARÉ DONDE QUIERAN.

—¿Qué quiere decir con eso? —le preguntó Nick a su padre—. Es la primera tarjeta que nos enseñó.

—Creo que lo que quiere es que nos marchemos de aquí y dejemos de hablar con los werjes.

—Debe de ser muy frustrante verse limitado a unos cuantos mensajes para cada ocasión —comentó la madre de Nick.

—Probablemente tiene tarjetas que nunca ha utilizado —apuntó su marido—. Y tarjetas que utiliza una y otra vez... Sean pertinentes o no.

—No podemos irnos hasta que *Horace* se haya bajado del árbol —le explicó Nick al wub—. Y no se bajará hasta que los werjes se hayan ido.

El wub sacó otra tarjeta.

ADIÓS. HA SIDO UN PLACER SERVIRLES.

—Quiere que nos bajemos de la carreta para poder irse por su cuenta —afirmó el padre de Nick, y suspiró—. De acuerdo. Vamos, hijo, ayúdame a bajar todo el equipaje. No tiene sentido que se quede si tiene miedo.

Se bajó de un salto de la carreta y comenzó a descargarla de inmediato. Nick hizo lo mismo, y no tardaron en sacar todas sus posesiones y dejarlas en el suelo.

—La verdad es que no nos ha ayudado mucho —dijo la madre de Nick mientras se bajaba.

—Pero lo ha intentado —le recordó Nick—. Lo ha hecho lo mejor que ha sabido.

No podía culpar al wub por el miedo que les tenía a los werjes. Y, después de todo, *Horace* no significaba nada para él. El wub probablemente ni siquiera sabía lo que era un gato, y mucho menos iba a imaginar lo valioso e interesante que podía llegar a ser.

El wub se alejó todo lo deprisa que pudo con sus zancadas pesadas y con la carreta bamboleándose arriba y abajo a la espalda, y no tardó en desaparecer en un bosquecillo de árboles altos de color naranja. El sonido de sus intensos bufidos se desvaneció, hasta que, por fin, todo quedó en silencio.

—Bueno, supongo que tendremos que caminar —dijo el padre de Nick—. Hay que encontrar a otros colonos humanos. Debe de haber algunos por aquí.

La bandada de werjes, que seguía sobrevolándolos, les graznó a los dos que estaban en el suelo:

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Tenemos otros asuntos a los que atender!

—Un momento —respondió el primer werj—. No me digas lo que tengo que hacer —refunfuñó, y se volvió hacia Nick—. Te revelaré el papel que han tenido los wubs en esta guerra. Cuando Glimmung llegó y se instaló en las Colinas Altas, los nunks, que viven muy cerca de allí, quisieron irse. Sin embargo, los nunks, como pronto verás, no pueden moverse mucho sin ayuda. Les pidieron a sus amigos los wubs que los ayudaran, que se los llevaran en sus carretas. Y los wubs lo hicieron... Al menos, con aquellos nunks que pudieron pagar cinco céntimos.

—Muy codiciosos —intervino el segundo werj—. Es el punto débil de los wubs: la codicia. Por dinero y por comida, por dormir y por comprar y por poseer tantas tarjetas como puedan. Todo el mundo aquí lo sabe. Y por eso los wubs no tienen buena fama. Nadie los quiere.

—Voy a buscar a *Horace* —le dijo Nick a su padre.

Estaba claro que la bandada de werjes no se iba a marchar. Se dio cuenta de que les gustaba hablar, y mucho. Y al gato había que rescatarlo ya, no podían esperar más.

—Aquí tienes un pequeño libro que hemos preparado —dijo el primer werj. En su largo pico apareció un tomo delgado y lo movió en dirección a Nick—. Una corta historia oficial de la guerra redactada por nosotros. Es un relato fiel de lo que ha pasado, y sobre todo, os protegerá de las mentiras de los Cuatro Grandes que luchan en el otro bando.

—¿Los Cuatro Grandes? —repitió Nick—. ¿Quiénes son?

—Los impresores, los primeros —explicó el werj—. Son el último gran enemigo de Glimmung. Los nunks prácticamente han desaparecido, así que no cuentan. De todas maneras, son los segundos entre los Cuatro Grandes. Los terceros son los colonos humanos de la Tierra que viven aquí. Los impresores los han engañado, exactamente como esperamos que no os engañen a vosotros.

—Y los zancajos. Son los últimos de los Cuatro Grandes —añadió el segundo werj.

—¿Y los trobes? ¿Qué hay de los trobes? —inquirió Nick.

—Están en el bando de Glimmung —le explicó el primer werj—. Lo mismo que las criaturas-padre. Nosotros, los trobes y las criaturas-padre luchamos por Glimmung, y al final, venceremos. Casi hemos vencido ya. Entonces habrá paz de nuevo en este mundo y Glimmung podrá medrar y florecer. Podrá crecer como quiere hacerlo.

Al decir aquello, algo en los ojos del werj brilló. Un fuego negro y apagado, semejante a una linterna encendida bajo el agua. Nick se dio cuenta de que era la chispa del propio Glimmung, que residía dentro del werj, atrapado allí y a la espera,

impaciente, de salir cuando hubieran ganado la guerra. No tendría que esperar mucho más. Nick sintió su impaciencia y su horrible necesidad.

—¡Les habéis contado demasiado! —gritaron los werjes que los sobrevolaban con sus voces agudas y chillonas—. ¡Vámonos ya! ¡Dejadlos ahí y vámonos!

Comenzaron a aletear con fuerza y se alejaron de regreso hacia los edificios con forma de tubos de chimenea que había en el horizonte.

El primer werj dejó caer el pequeño librito encuadernado en piel a los pies de Nick. Luego echó a correr sobre las patas palmeadas, bamboleándose de forma inestable, antes de alzar el vuelo. Junto al segundo werj, se reunió con la bandada. Volaron en círculos por encima de ellos antes de marcharse con la misma rapidez con la que habían llegado. De nuevo se convirtieron en puntitos, hasta desaparecer.

Nick se inclinó y recogió el librito. Al tocarlo, notó que la superficie era áspera y desagradable. Leyó el título: *Un día de verano*. Lo ojeó y le echó un vistazo rápido a alguna de las páginas.

—Esto no va de una guerra —les dijo a sus padres—. Es... —No fue capaz de explicarlo. No parecía tratar sobre nada concreto. Pensó que era igual que un libro en un sueño—. No quiero leerlo.

—Yo lo llevaré —le dijo su padre. Alargó una mano y Nick le entregó agradecido el extraño librito oscuro—. Ya puedes ir a por *Horace* —le recordó.

Nick corrió de inmediato hacia el árbol de color naranja en el que *Horace*, a salvo de sus enemigos los werjes, se había escondido cautelosamente.

## CAPÍTULO

### 7

Tras persuadir a *Horace* de que se bajara del árbol y reunir todo su equipaje disperso, los cuatro se quedaron sentados sobre los montones de cajas y maletas.

—Es el momento de tener una conversación —dijo su padre—. Quizá hablando de la situación se nos ocurra un modo de salir de ella. Un modo de encontrar nuestra granja, ahora que se han comido el mapa.

Nick cogió a *Horace* y lo examinó. Desde su pequeña aventura, el gato se había vuelto huraño: miraba a todo y a todos con suspicacia. Se sentó encogido, procurando ocupar el mínimo espacio posible. Era evidente que los werjes lo habían ofendido. Lo atraparon y le hicieron perder la dignidad al confundirlo, al hacerlo correr en la dirección equivocada. Recordaría a los werjes durante mucho tiempo. En el futuro, los tendría siempre en mente, estuviese haciendo lo que estuviese haciendo.

—*Horace* no está nada contento —comentó Nick. Lo acarició, pero el gato se apartó de su mano—. Quizá si le damos de comer...

—Este libro... —lo interrumpió su padre sin prestarle atención. Tenía el librito oscuro abierto por la mitad y lo leía con gran atención—. Seguro que el werj te ha dado el libro que no es. Esto no tiene nada que ver con nosotros. Este texto no va sobre la guerra.

—Quizá el werj nos ha mentado —sugirió la madre de Nick—. Quizá no haya ninguna guerra. A lo mejor solo quería meternos miedo. Seguro que a los werjes les encanta hacer eso —añadió estremeciéndose.

—El wub confirmó lo que dijo el werj, así que probablemente sea verdad —respondió el padre de Nick. Pasó la página y siguió leyendo—. Vaya —exclamó. Le dio la vuelta al libro y se lo pasó a la madre de Nick—. Lee el segundo párrafo de la página izquierda.

—Léelo en alto —le pidió Nick, que quería saber lo que ponía.

—«Cuando un impresor hace un cuenco, pierde una parte de sí mismo. El cuenco crece pochoso. El impresor vuelve a intentarlo, esforzándose más. Pero no es capaz de seguir. Las cosas que otros le llevan ya no se imprimen: el impresor queda en silencio. Al final, ni siquiera logra imprimirse a sí mismo».

Se produjo un instante de silencio mientras los cuatro reflexionaban sobre aquello. Finalmente, el padre de Nick habló:

—¿Sabéis lo que creo que es este libro? Es un estudio sobre los enemigos de Glimmung. Cómo son y cómo se los puede derrotar.

—Mira en el índice, al final —dijo Nick, con una extraña sensación, como si supiera lo que iba a encontrar su madre—. Mira en la G y búscanos.

Ella pasó a la última parte del libro.

—No veo posible que estemos... —Se calló de repente—. Pete, tiene razón —le dijo al padre de Nick—. Estamos aquí. Dice: «Graham, Peter y familia, página 31».

Buscó rápidamente la página.

—Lee en voz alta —le pidió el padre de Nick en un tono bajo y serio.

—Aquí está. —La madre inspiró profundamente y leyó la página 31 del pequeño libro—. «No pueden encontrar la granja. No tienen el mapa, otro se lo ha comido. La criatura que huele a pescado los confunde hasta que es demasiado tarde. Están desquiciados por su amor». —Se detuvo con la frente fruncida—. Nuestro amor por *Horace*, supongo —dijo al cabo de unos momentos. Miró al gato—. Así que tú tienes la culpa de que nos hayamos perdido.

—Los werjes están sembrando la semilla de la desconfianza —dijo el padre de Nick—. Son astutos e inteligentes. Este libro es una trampa. —Lo recuperó de las manos de la madre y examinó el índice. Leyó en voz alta—. «Werje. También escrito como wurj, más comúnmente como werj. Páginas 24 a 29». —Levantó la mirada—. Hay mucho escrito sobre ellos, aunque tampoco me sorprende.

—No lo leas —le pidió la madre de Nick—. No creo que nos interese mucho lo que los werjes cuentan sobre sí mismos.

—No creo que fueran los werjes quienes escribieron esto. Diría que lo hizo Glimmung —dijo el padre.

—¿Por qué piensas eso? —quiso saber Nick, preguntándose cómo era posible que su padre lo supiera.

—Escucha esto —respondió este, y leyó en voz alta un párrafo del libro donde hablaba de los werjes—: «Es una forma de vida inferior procedente de zanjas y grietas en la tierra. Utiliza la piel como una vela. Cualquier cosa que se mueva puede ser su presa. Ciertos olores intensos lo repelen. Durante parte del año, las épocas de verano, puede ser habitado y vuela a cualquier parte. Al final, se terminará uniendo al klake cornudo, enemigo de todos nosotros. Pero mientras tanto, se lo puede utilizar». —Su padre cerró de golpe el libro—. Un werj no escribiría algo así. Ninguna criatura escribiría sobre sí misma de ese modo. De hecho, dudo que los werjes sepan escribir. Tampoco los wubs. Pero hay una forma de vida en el Planeta del Labrador que sí sabe.

—Tú lo has dicho: Glimmung —reflexionó la madre.

—Era terrible —comentó Nick—. Lo vi en el interior del primer werj. Me miró.

—Pero nos dejó marchar, así que no puede ser tan malo —apuntó la madre.

—Quizá Glimmung nos tuviese miedo —sugirió Nick.

Sus padres lo miraron con gesto interrogativo.

—Una criatura puede ser malvada sin ser fuerte —les explicó Nick—. A lo mejor Glimmung es débil. La guerra no ha terminado. Todavía quedan impresores, al menos. Y le tiene miedo al klake cornudo. A lo mejor los klakes son incluso peores que Glimmung.

No le gustó nada aquella idea, que le resultaba inquietante. El agente

antimascotas había hablado de los klakes, y de un modo parecido a lo que decía el libro, así que, evidentemente, era verdad.

—Lo que debemos hacer es encontrar a los Cuatro Grandes —decidió su padre—. No a otro wub. Creo que los wubs, aunque tienen buenas intenciones, son de poca utilidad para cualquiera. Excepto, quizá, para ellos mismos. Seguro que sobreviven a la guerra... por no estar en ninguno de los dos bandos.

Oyeron un ruido lejano.

—Mirad —dijo Nick señalando con un gesto de la mano.

A lo lejos, se distinguía una especie de vehículo, casi como un coche antiguo, ya pasado de moda. Tiraba de un enorme contenedor de alguna clase, algo semejante a un tanque de almacenamiento de agua. Va muy lento, pensó Nick. Como si el conductor no conociera el camino.

—Nick, corre todo lo que puedas —le dijo su madre nerviosa—. A ver si consigues alcanzarlo. Creo que hay gente dentro. Sí, estoy segura de que lo conduce un hombre.

—Supongo que no nos sirve para nada —dijo el padre de Nick tras tirar el libro encuadernado en piel. Y empezó a agitar las manos.

—Creo que deberíamos quedarnos con él —lo contradijo Nick—. Podemos dárselos a los Cuatro Grandes. A lo mejor a ellos les sirve.

Probablemente el werj no debería habérselo dado, se dijo a sí mismo. Me pregunto cuánto tardará en darse cuenta de su error. Se agachó para recoger el libro del suelo.

El viejo coche había girado hacia ellos. El conductor los había visto. El vehículo se acercó muy lentamente, tomándose su tiempo. Por fin llegó a su altura con un sonido asmático. Del radiador se elevaban nubes de vapor.

—¿Quiénes son ustedes? —les preguntó el conductor—. No recuerdo haberlos visto nunca, y conozco a todos los colonos de este planeta.

—La nave acaba de dejarnos —le explicó el padre de Nick—. Un wub nos llevaba a nuestra granja, pero una bandada de werjes lo ahuyentó.

—Los wubs no son muy valientes —comentó el individuo—. ¿Dónde está su granja? A ver el mapa.

—Se lo comió el wub —admitió el padre de Nick.

El conductor sonrió.

—Suelen hacerlo. ¿Tiene el título de propiedad? Probablemente podré decirles dónde está.

El padre de Nick sacó de una de las maletas un paquete plano y lo abrió. Le entregó al conductor un documento de aspecto oficial, que el hombre leyó de forma lenta y concienzuda.

—¿Está lejos de aquí? —le preguntó la madre de Nick.

—Bastante lejos —respondió el conductor—. Y no voy en esa dirección. De hecho, voy en dirección contraria.

—Pero nos ha dicho que... —empezó a protestar el padre de Nick.

—He dicho que podría decirles dónde está, no que los llevaría, ni siquiera que podría hacerlo —lo interrumpió el conductor. Cambió de marcha y comenzó a avanzar—. ¿Ven ese pico montañoso de allí? —dijo señalando hacia un punto lejano—. Sigán caminando en esa dirección. Sus tierras están en el lado más cercano.

—Pero nuestro equipaje... —gimió la madre de Nick.

—Le pagaremos —le dijo el padre de Nick—. El wub quería un cobre, aunque seguramente eso sea poco. Podemos pagar más. ¿Cuánto quiere?

—Lo siento —repuso el conductor mientras se alejaba poco a poco—. El dinero aquí no vale casi nada. Lo que sí es realmente valioso es el agua, como la que llevo en este depósito. El agua escasea en el Planeta del Labrador, cosa que probablemente ya sepan.

Les dijo adiós con la mano.

Nick sostuvo en alto el librito que el werj le había dado.

—¿Esto tiene algún valor?

El conductor redujo la velocidad, se llevó la mano a los ojos a modo de visera y miró con atención el libro.

—¿De dónde has sacado eso? —le preguntó, y detuvo el coche.

—Se lo daremos si nos lleva a nosotros y el equipaje a nuestras tierras —le ofreció el padre de Nick—. Un trato justo. Sin preguntas.

—Nadie ha visto jamás ese libro —les dijo el conductor—. Pensábamos que era un mito. Yo nunca he creído que existiera de verdad. Claro que sí, estaré encantado de llevarlos. —Paró el motor, abrió la puerta y salió—. Los ayudaré a cargar las cosas.

—¿Por qué es tan valioso este libro? —le preguntó Nick.

Había acertado: el libro tenía valor, y precisamente un valor del tipo que ellos necesitaban.

—Es el libro de Glimmung —gruñó el conductor mientras metía una maleta tras otra en el maletero del coche—. Se dice que Glimmung lo trajo con él cuando llegó a este planeta, hace años. —Alzó la cabeza y miró a Nick y a sus padres—. ¿Han visto a Glimmung?

—Mi hijo sí —le confirmó el padre de Nick.

El conductor miró fijamente al chico durante un buen rato.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó por fin—. ¿Qué forma ha adquirido? Dicen que Glimmung puede adoptar muchas formas. Aparece primero de un modo, luego de otro...

—Me pareció que vivía dentro de un werj —respondió Nick—. El werj que me dio este libro.

—Un werj no le daría jamás este libro a un humano —replicó el conductor.

—Se equivocó. Quería darme un libro sobre la guerra. No creo que sepa leer.

—Así es —le confirmó el conductor—. Los werjes no saben leer. Los wubs

tampoco, aunque siempre lleven esas tarjetitas sucias. —Ya había terminado de cargar las maletas y las cajas en el coche. Se sentó de nuevo en el asiento del conductor y puso en marcha el motor—. Glimmung se pondrá furioso —dijo mientras mantenía abierta la puerta para que entrara la madre de Nick—. Seguro que intentará recuperar el libro. —Miró intranquilo al cielo—. Será mejor que nos demos prisa.

El coche avanzó llevándolos hacia el lejano pico que sobresalía de la llanura.

## CAPÍTULO

### 8

El sol había empezado a ponerse cuando el viejo coche chirriante, con su enorme contenedor de agua hecho de madera, llegó a la granja de los Graham. El conductor, que se llamaba Reg Frankis, detuvo el vehículo. Los cinco se quedaron sentados en silencio, contemplando la tierra.

Ante ellos se extendía una amplia llanura cubierta de matojos espinosos y quebradizos, de un color tan naranja como el resto del planeta. Aquí y allí se veía algún peñasco, y en un extremo, un árbol enorme.

Y la casa. Nick se quedó mirándola lleno de asombro. Era un lugar grandísimo para ellos... no como el apartamento que tenían en la Tierra. Sin ningún otro edificio cerca, la casa se alzaba solitaria, una estructura aislada que parecía bastante sólida. Preparada para durar prácticamente para siempre, pensó Nick.

—La típica casa construida por el gobierno —comentó Reg Frankis. Aquello no parecía impresionarlo mucho. Probablemente todas las casas del Planeta del Labrador eran exactamente iguales, construidas por equipos de robots—. Cuatro hectáreas de terreno, todo liso. Allí hay maquinaria. Son máquinas agrarias para arar y cultivar la tierra. El agua escasea en casi todos lados, pero aquí disponen de su propio manantial. —Alargó una mano—. Y ahora, el libro.

El padre de Nick le entregó el pequeño libro. El señor Frankis le echó un vistazo y, una vez satisfecho, lo metió en la guantera del viejo coche.

—¿Qué va a hacer con el libro? —quiso saber el padre de Nick.

—Se lo venderé a los impresores —respondió alegremente el señor Frankis—. Y ahora, si descargan sus cosas, me pondré en marcha. Tengo mucho camino por delante para volver a mi ruta de reparto.

Nick y sus padres sacaron las cajas y las maletas. Cuando hubieron bajado la última, el señor Frankis arrancó y se alejó entre petardeos del motor. Observaron cómo se alejaba hasta que el coche desapareció de la vista entre un bosquecillo de árboles larguiruchos.

—Me pregunto cómo de cerca estarán nuestros vecinos —dijo la madre de Nick en voz baja e insegura—. Es tan extraño que no haya nadie en los alrededores... Me hace sentir... —hizo un gesto indeterminado—... insegura, supongo.

—Ya nos acostumbraremos —la tranquilizó el padre de Nick.

*Horace* se había mantenido calmado durante el viaje en coche, pero de repente se puso muy activo. Saltó de los brazos de Nick y se alejó a buen paso con la cola baja y la cabeza echada hacia adelante, como si estuviera escuchando algo.

—¿Va a huir? —le preguntó Nick a su padre.

—Lo dudo mucho. Parece darse cuenta de que hemos llegado.

El padre de Nick comenzó a entrar el equipaje en la casa. Nick y su madre lo ayudaron, y no tardaron en tenerlo todo metido allí.

—Casi no hay muebles —comentó la madre con voz crítica mientras revisaba las estancias vacías y llenas de ecos.

—Tenemos suerte de que nos hayan proporcionado unos cuantos. De hecho, es una suerte que nos hayan dado la casa, la tierra y la maquinaria.

—Si no lo hubieran hecho, no habríamos venido —remarcó la madre.

—Bueno, eso es verdad —admitió el padre.

Mientras tanto, *Horace* se había marchado a algún sitio. Nick lo vio deambular entre un puñado de arbustos, salir un momento, y luego desaparecer de nuevo.

El gato soltó un fuerte maullido mientras seguía invisible entre los matorros.

Nick corrió hacia allí con el corazón martilleándole en el pecho. ¿Qué habría encontrado? ¿Una criatura del Planeta del Labrador? Llegó hasta donde estaba *Horace*, que tenía el pelo erizado, por lo que la cola se le veía enorme. Siseó con las orejas pegadas al cráneo y los colmillos al descubierto. Luego, al ver a Nick, soltó un maullido lastimero, como disculpándose.

Una figura de múltiples patas escapó escurriéndose en la creciente oscuridad del anochecer, un animal con numerosas colas semejantes a cuerdas. Corrió con toda la rapidez de que era capaz y se desvaneció, evidentemente en una madriguera. *Horace* se frotó contra las piernas de Nick, sin mostrar deseo alguno de perseguir a la criatura.

—¿Qué pasa, Nick? —le preguntó a gritos su padre desde el porche de la nueva casa.

—Una cosa que vive aquí —respondió Nick.

—Es mejor que entres —le gritó su padre—. Todavía no sabemos qué animales son inofensivos y cuáles no lo son. No te arriesgues. Y tráete a *Horace*, que entre también en casa.

La criatura de numerosas colas sacó la cabeza de la madriguera. Era un ser precavido lleno de energía que empezó a parlotear, como si se dirigiera a otros de su especie. Nick oyó correteos en los arbustos cercanos y notó la presencia de más criaturas, fueran lo que fueran, que respondieron de forma nerviosa ante la presencia de *Horace*, de sus colmillos y de su maullido. Nick les habló:

—No pasa nada. Es que le habéis dado un susto a *Horace*. —Se quedó escuchando. Las criaturas, dispersas por el lugar, siguieron parlotear—. Mi gato no os haría daño —añadió.

—¿Seguro? —preguntó una diminuta voz procedente de los arbustos.

—No es más que un gato. Los gatos no le hacen daño a nadie —le aseguró Nick.

—Anda ya —respondió la voz diminuta—. No nos vengas con esas. Mira los dientes que tiene. Ciudad Asesina. Lo denunciaremos a los Cuatro Grandes. ¡Es una amenaza!

La voz sonaba agitada por la indignación.

—¿Qué sois? —quiso saber Nick.

—Zancajos —respondieron a la vez varias de las criaturas invisibles—. ¿Son ustedes quienes van a vivir aquí? —preguntó uno de ellos—. ¿Y se han traído a ese feroz carnívoro? Nos iremos. Nos marcharemos de este lugar.

—¡Sí, nos marcharemos! —repitieron otros.

—Ese gato sabelotodo nos va a llevar a la ruina. Es él o nosotros.

—Forma parte de la familia —replicó Nick.

—Ah, vaya —se quejó el zancajo—. Ciudad Conmoción. Mire, señor, estamos librando una guerra. ¿Ha oído hablar de la guerra? Seguro que ha oído hablar de la guerra, ¿verdad? ¿Ha oído hablar de los werjes? ¿Ha oído hablar de Glimmung?

—Sí —le confirmó Nick. Era la primera vez que alguien, o algo, lo llamaba «señor». Descubrió que le gustaba—. Conocí a Glimmung. Y me dio un libro por error. Quiero decir que me dio un libro, pero que no era el que en realidad quería darme.

—Glimmung le entrega a todos los recién llegados a este planeta una copia de su *Guerra total y definitiva* —le explicó el zancajo—. En él cuenta toda la razón que tienen ellos y lo equivocados que estamos los Cuatro Grandes. Debe de haber un millar de ejemplares por todo el Planeta del Labrador. Mentiras, todo mentiras.

—Pero ese no es el libro que me dio Glimmung. Bueno, el que me dio el werj. No sé cuál de los dos me lo dio en realidad, pero se llamaba *Un día de verano*.

—¿Tiene el libro aquí? —le preguntó el zancajo.

—No.

—Lo ha perdido. Se lo dio al wub, que se lo comió. Lo utilizó para hacer una hoguera. Lo...

—Se lo cambié a un colono terrestre. El señor Frankis. Se lo dimos a cambio de que nos trajera aquí —le explicó Nick.

—El bueno de Frankis —dijo el zancajo, y en la oscuridad, sus compañeros parlotearon disgustados—. Reg Frankis es un ladrón. ¿Quién sabe lo que se le pasa por la cabeza? Es lo que llamamos un aguador. Transporta agua y la vende a un precio muy elevado que nadie se puede permitir pagar. Tiene que recuperar ese libro.

—¿Por qué? —le preguntó Nick.

—Porque lo necesitamos. De hecho, los Cuatro Grandes lo necesitamos. Si queremos ganar la guerra. Reg Frankis le pondrá un precio tan alto que no se lo podremos pagar. Y el Glimmung lo comprará para recuperarlo. Ellos tienen mucho mucho dinero. Nosotros estamos arruinados. Ciudad Pobreza, eso es este lugar, toda esta parte. ¿Por qué cree que vivimos en madrigueras en el suelo? ¿Porque nos gusta? Le diré por qué: porque no podemos permitirnos nada mejor.

Al zancajo le temblaba la voz por la indignación.

—Tienen ustedes suerte —dijo otro en la oscuridad—. Tienen esa casa. Todos los colonos terrestres tienen suerte. ¿Quién se preocupa de nosotros? Ciudad Desinterés, eso es lo que hay.

El primer zancajo le habló a Nick de nuevo.

—¿Cree que podrá recuperar ese libro de manos de Frankis?

Nick titubeó.

—Hicimos un trato. Ahora es de su propiedad.

—¿No podría robarlo? —preguntaron varios zancajos a la vez.

—No... no lo creo —respondió Nick.

No le parecía bien algo así. El trato se había hecho de buena fe.

—Podría habernos ayudado mucho a terminar esta guerra, darnos la victoria final.

En *Un día de verano* aparecen las debilidades de todas y cada una de las criaturas de este planeta, incluidos los trobes y los werjes. Incluso los klakes. No falta nadie en sus páginas. Es cierto que el libro tiende a ser monótono y a desviarse del asunto... Glimmung tiene una mente muy desordenada, pero en algún sitio del libro, está todo ahí. Todo. El pasado y el futuro. Las dos cosas.

—Y ahora está en manos de ese especulador de Frankis —dijo otro zancajo con disgusto—. Ciudad Desafortunada. Eso es lo que es esto.

—Tiene que decírselo de inmediato a Glimmung —sugirió otro de los zancajos—. Le puede decir: «Reg Frankis, el aguador, tiene su libro». Por su propio bien. Si no, será Ciudad Venganza, persona terrestre.

—Un borrado —intervino otro zancajo—. Ciudad Borrado.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Nick. Le costaba comprender la peculiar forma de hablar de los zancajos.

—Significa que Glimmung lo despedazará pieza a pieza para encontrar el libro que ha perdido. ¿Lo ha leído? ¿Tuvo ocasión de leer algo?

—Tan solo uno o dos párrafos —admitió Nick. Qué oportunidad hemos perdido, pensó. Y ahora ya es demasiado tarde.

—Este era un lugar feliz —dijo un zancajo con voz melancólica—. Antes de que llegara Glimmung. Llegó lentamente, con pequeños pasos sigilosos, uno tras otro. No hubo un momento concreto y exacto en el que entrara en nuestro planeta. Nos dimos cuenta de su presencia poco a poco.

—Al principio, oímos rumores —añadió otro zancajo—. Relatos vagos, nada definido. Los rumores hablaban de algo malo, de una criatura malvada que existía... pero no aquí. Entonces, un día, pareció que casi estaba aquí, que se había acercado un poco más. Y luego nos enteramos por los nunks de que realmente estaba aquí. Y así fue, día tras día. Los werjes se alegraron. Evidentemente, volaron en bandada hacia él. Y los trobes, por supuesto. Se regocijaron y le gritaron de placer a la noche.

—Y luego, Glimmung estaba por todas partes —dijo otro zancajo—. Así que nos unimos a los últimos de los impresores. Porque era a ellos a quienes más quería destruir Glimmung. Oímos decir que Glimmung vino a este planeta buscando a los impresores, que su lucha empezó antes de que este planeta existiera. Que, de hecho, es tan antigua como el propio tiempo. Los impresores nunca lo han dicho. Hacen lo que pueden, y eso es todo. Están casi agotados, los pobres impresores. Lo que hacen

está pochoso, son cosas deformes y casi inútiles. Por supuesto, fingimos a sabiendas que ocurre todo lo opuesto.

—Pero en realidad es lo puesto, no lo opuesto —añadió otro zancajo.

La madre de Nick lo llamó desde la casa.

—Nick. Es hora de entrar. Ya echarás un vistazo mañana por la mañana.

—Adiós —les dijo Nick a los zancajos—. Nos vemos mañana por la mañana.

Se despidió y se abrió paso por la oscuridad en dirección a la casa muy iluminada.

Al lado de la construcción sobresalía lo que parecía ser bambú. Nick empezó a avanzar junto a él, pero se detuvo.

En el bambú crecía algo. Una forma, silenciosa e inmóvil que se alzaba desde el terreno como una especie de seta nocturna. Una columna blanca, una masa pulposa que brillaba húmeda bajo la tenue luz. Unas telas como de araña la cubrían, formando un capullo mohoso. Tenía brazos y piernas poco definidos. Una cabeza a medio formar. Los rasgos aún no se dejaban ver. Pero Nick supo distinguir qué era aquello.

Una criatura-padre.

## CAPÍTULO

### 9

La criatura-padre estaba casi lista. Unos pocos días más y habría completado su maduración. Aún era una larva blanca, tierna y pulposa. Pero la luz del sol la calentaría y la secaría hasta endurecer la vaina, tornándola recia y oscura. La criatura emergería del capullo y, un día, cuando su padre pasase por aquel preciso lugar...

Detrás de la criatura-padre había otra larva blanca y pulposa, puesta allí hacía poco. Era pequeña. Estaba empezando a cobrar existencia.

Nick comenzó a tambalearse. Con gestos débiles, empezó a palpar en la oscuridad tratando de hallar algo a lo que aferrarse; se sentía espantosamente aturdido y asustado. Dio media vuelta y se alejó unos cuantos pasos de la criatura-padre y de la otra larva más reciente. Entonces vio algo más. Algo que, hasta aquel instante, no había sido capaz de distinguir.

Había otra. Otra larva. No era de color blanco. Ya estaba oscura. La red, la húmeda suavidad pulposa... todo había desaparecido. Estaba lista. Se retorció un poco, moviendo los brazos con gesto débil.

Era una criatura-Nick.

—La cena está lista —gritó su madre desde el interior de la casa—. Ve a buscar a tu padre, Nick, y dile que se lave las manos. Y lo mismo te digo a ti, jovencito.

Nick podía oler el aroma que venía de la cocina: la primera comida familiar en el Planeta del Labrador.

Siguió el camino hacia la casa, llegó hasta la puerta y entró. Su madre acarreaba una olla humeante hacia la mesa de comedor, impecablemente dispuesta.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó en cuanto lo vio.

—Tengo que contarle algo a papá —murmuró Nick, aún afectado por el efecto paralizante del pánico.

—¡Pete! —llamó su madre a voces, nerviosa—. Nick parece estar francamente asustado; será mejor que vengas, ya acabarás de afeitarte después de cenar.

Su padre, fornido, apuesto y en estado de alerta, entró en la cocina dando zancadas.

—¿Qué ocurre, Nick? —preguntó escudriñando el rostro de su hijo.

—Es algo que hay fuera de la casa —respondió Nick—. Déjame que te lo enseñe.

Salieron de la casa, con Nick delante, y penetraron en la oscuridad de la noche hasta llegar al lugar en el que crecían las plantas semejantes al bambú: unas plantas que tenían su propia colonia de larvas en varios estadios. Tras pasar un buen rato observando las larvas, el padre de Nick afirmó:

—Estas plantas son terriblemente peligrosas.

—Lo sé —contestó Nick.

—Es una suerte que las hayas encontrado a tiempo. Unos cuantos días más y...

—¿Podemos matarlas? —preguntó Nick.

—No veo por qué no —le respondió su padre. Se quedó con la mirada clavada en la criatura-padre—. Me habrían reemplazado. Una de estas cosas me habría reemplazado.

—Y a mí también —añadió Nick.

—Sí, la tuya está casi lista. Y se te parece. —La voz le temblaba—. Es exactamente igual que tú.

La madre de Nick salió al porche de la casa.

—¿Qué pasa, Pete? —preguntó a voces, nerviosa—. ¿Puedo verlo?

—No —contestó el padre de Nick—. Vuelve adentro. —Se dirigió a Nick—. Si tuviésemos un poco de gasolina... podríamos prenderles fuego.

—Tal vez ya están lo bastante secas como para... —comenzó a decir Nick, y de pronto se detuvo, presa del terror.

Los últimos jirones de la maraña húmeda que cubría la criatura-Nick se habían desprendido. La criatura-Nick se movió, tambaleante; rompió la parte de su cuerpo que lo unía a la base en la que había crecido y salió dando tumbos. Deambuló sin rumbo previsible. Abría y cerraba la boca y, de pronto, se abalanzó sobre Nick.

El padre tiró de él hacia atrás para ponerlo fuera de su alcance.

—Hay un teléfono en casa —dijo—. Nos encerraremos dentro, llamaré a la policía local, la de este planeta. Ellos deben de tener algún modo de lidiar con esas criaturas-padre.

—¿Por qué las llaman criaturas-padre? —preguntó Nick mientras entraban en la casa a toda prisa y echaban el cerrojo de la puerta nada más cruzarla.

—Obviamente, suelen comenzar por imitar a hombres adultos —contestó el padre—. Sin embargo, en este caso están más interesados en ti que en mí.

—Por favor, decidme qué es lo que hay fuera —dijo la madre de Nick, saliendo de la cocina con una bandeja de panecillos que había sacado del horno—. ¿Es muy grave?

—Es muy grave —contestó el padre de Nick—. Una criatura-Nick. Justo a la salida de nuestra nueva casa. ¿Cómo han podido saberlo?

—Por el libro de Glimmung —contestó Nick—. Vaticina nuestra llegada aquí, ¿recuerdas?

—Es verdad —asintió el padre. Levantó el auricular del teléfono. En la pantalla de color verde apareció el rostro de un operador—. Pásame con la policía —dijo con voz seria.

La policía llegó enseguida y, fuera, en la oscuridad, con los equipos de protección y los lanzallamas, destruyeron la maleza similar al bambú junto con sus larvas. Seguidamente, uno de los policías estuvo hablando con el padre de Nick en la sala de

estar. La puerta estaba cerrada, pero aun así, Nick y su madre podían oírlos. Aunque Nick intentó no escuchar, le llegaron frases enteras a través de la puerta cerrada.

—Comprenda —le decía el policía a su padre—, que no hemos logrado capturar al espécimen maduro que ya se había liberado. Mis hombres están peinando el área con reflectores de infrarrojos, pero me temo que, por el momento, no han dado con él.

—¿La criatura-Nick? —preguntó su padre—. ¿Quiere decir que se ha escapado?

—Exacto —contestó el policía.

—¿Puede dejar a uno de sus hombres aquí para que lo proteja? —le pidió su padre.

—Estamos demasiado escasos de personal. Me temo que no. Deberán localizar a la criatura-Nick ustedes mismos y llamarnos de inmediato. Se los destruye con facilidad; con tan solo arrimarle cualquier cerilla corriente, prenden fuego enseguida.

—¿Qué le hará a Nick si lo captura?

El policía contestó:

—Reemplazarlo.

—Pero ¿qué le hará exactamente? ¿Lo matará?

Nick no logró oír la respuesta del policía, que contestó bajando mucho la voz.

—¿Podríamos conseguir algún otro tipo de ayuda? —preguntó el padre—. De quien sea. ¿De otros colonos, tal vez?

—Tiene usted un buen número de zancajos en sus tierras —le contestó el policía—. Pídales ayuda. Los zancajos son buenos amigos con los que contar. Son muchos los colonos humanos que han llegado a esa conclusión.

—¿Serían capaces de distinguir entre Nick y la criatura Nick? —quiso saber.

—En todo momento —le aseguró el policía.

La puerta de la sala de estar se abrió. Su padre y el policía salieron, ambos con una expresión sombría en el rostro.

—Nick... —comenzó a decir su padre—, en cuanto veas a la criatura-Nick, avísame. De inmediato. Mantendremos todas las puertas y ventanas de la casa cerradas y bloqueadas, y te quedarás aquí dentro hasta que...

—No quiero quedarme aquí encerrado —protestó Nick—. En cualquier caso, si me quedo aquí no tendré ocasión de convencer a los zancajos para que me ayuden.

—Deje que hable con los zancajos —dijo el policía—. Pero durante el día, para que pueda ver a la criatura-Nick en caso de que intente acercarse sigilosamente a él.

El padre de Nick dudó un instante antes de decir:

—¿Qué pasa si mi mujer o yo vemos a la criatura-Nick? ¿Debemos suponer que tratará de hacerse pasar por Nick?

—Eso es precisamente lo que hará —contestó el policía—. Tiene el aspecto de su hijo y les asegurará que lo es.

—¿Cómo podré diferenciarlos? —preguntó el padre—. Imagine que Nick sale a dar una vuelta mañana por la mañana y entonces la criatura-Nick entra aquí afirmando ser Nick.

—Las criaturas-padre no son copias exactas ni tienen mimetismos perfectos —le explicó el policía—. En especial al hablar, no pronuncian palabras de verdad, tan solo emiten sonidos. Háganlo hablar si sospechan que no es Nick. De ese modo, les aseguro que serán capaces de distinguirlo. —El policía dedicó un saludo con el sombrero a la madre de Nick—. Buenas noches, y bienvenidos al Planeta del Labrador.

—Menuda bienvenida —dijo el padre de Nick conforme el policía se marchaba atravesando a pie el jardín frontal en dirección a donde estaba estacionado su coche patrulla.

—No le tengo miedo —dijo Nick.

Además, sabía que los zancajos lo ayudarían a pesar de su peculiar forma de hablar.

*Horace*, que había estado explorando la casa, apareció en ese momento. Se sentó con elegancia y fijó sus enormes ojos verdes sobre Nick.

—Y pensar que vinimos hasta aquí por ti —comenzó a decirle el padre de Nick al gato. Se dirigió a su hijo—: No ha merecido la pena.

—No digas eso —replicó el chico.

Ahora que estaba a cubierto y que la policía había venido para destruir la criatura-maleza, se sentía mucho mejor.

Era cierto que la criatura-Nick estaba deambulando por ahí fuera, en la oscuridad, esperando la ocasión de reemplazarlo. Pero la criatura-Nick le había parecido frágil y débil. Tal vez no fuese tan peligrosa como las demás criaturas-padre. En cualquier caso, tal como había dicho el policía, prendía en llamas al contacto con una cerilla. Después de todo, no era más que una planta.

—Seguiré diciendo que no ha merecido la pena —continuó su padre con rabia— hasta que encontremos a la criatura-Nick y la destruyamos.

—Nick, ¿crees que podrás entablar una relación con los zancajos que viven por aquí? —le preguntó su madre.

—Claro —le aseguró él—. En realidad, ya lo he hecho.

—Eso me tranquiliza —dijo el padre. Ahora parecía mucho menos preocupado.

En el salón ardía el fuego de la chimenea. La casa se había tornado cálida y acogedora, colmada con los aromas de la cena y el crepitar de los troncos.

—Los zancajos me contaron cómo era esto antes de la llegada de Glimmung —dijo Nick—. En otro tiempo, este fue un lugar alegre, me dijeron.

—No me cabe duda —respondió el padre—. Y lo volverá a ser cuando se haya ganado la guerra contra Glimmung. —Se dirigió a su esposa—. No sabíamos nada de esto. No éramos conscientes, antes de llegar aquí, de que pasaríamos a formar parte de una guerra que se extiende a través de las eras, y que implica a criaturas de muchas clases diferentes.

—Los zancajos dicen que la guerra comenzó antes de que Glimmung llegara a este planeta —añadió Nick—. «Tan antigua como el tiempo», dijeron. Glimmung

siguió a los impresores hasta aquí. Es a estos a quienes quiere destruir con el mayor ensañamiento. Son enemigos ancestrales.

Debemos averiguar dónde se encuentran los últimos impresores, se dijo a sí mismo. Y acudir a su encuentro.

—Los impresores necesitan ayuda —le dijo a su padre—. Prácticamente se les han acabado las fuerzas, eso me contaron los zancajos. De modo que supongo que debemos darnos prisa.

—Mañana —le prometió su padre.

*Horace* se había marchado para colocarse frente a la puerta principal. Estaba esperando, con la mirada fija en el pomo como si tratase de hacerlo girar con su mera fuerza de voluntad.

—Quiere salir —dijo Nick, dirigiéndose hacia la puerta.

El gato continuaba observando el pomo con convicción, ejerciendo aún su poderosa voluntad en esa dirección. Su voluntad, por fortuna, no era suficiente. La puerta permanecía cerrada.

—Qué pena que no podamos explicarle que tal vez mañana mismo ya pueda salir al exterior —dijo el padre de Nick. Se inclinó y acarició al gato. En respuesta, *Horace* le brindó un maullido de barítono dramático y, con una sacudida, tensó la cola—. De todos modos, hoy ya ha podido pasar un rato fuera.

—El rato suficiente como para perseguir a un zancajo —contestó Nick.

—Piensa en cuánto disfrutará cuando salga a correr y retozar —dijo el padre—. Cuando dispare hacia el cielo la grandeza de su espíritu audaz. Ese espíritu libre y sublime se verá liberado de lo que debe de haber supuesto para él vivir cautivo. Pobre *Horace*.

El padre de Nick continuó acariciando al gato, que seguía tratando, a través de una serie de melódicos sonidos e intensas miradas, de persuadirlo para que abriese la puerta.

—Mañana —le dijo Nick al felino.

—Un universo nuevo lo espera —añadió su padre—. No es de extrañar que esté impaciente. También nos espera a nosotros. En cuanto destruyamos esa planta que...

De pronto se detuvo, y una expresión sombría se apoderó de su rostro.

—Los Cuatro Grandes están de nuestro lado —manifestó Nick—. De modo que no estamos solos.

Gracias al cielo, se dijo a sí mismo.

—Ojalá tuviésemos aún ese libro —dijo su madre—. Si al menos hubiésemos podido leerlo.

—Tal vez podamos recuperarlo —contestó el chico. Aunque, por el momento, no tenía idea de cómo hacerlo.

## CAPÍTULO

# 10

A la mañana siguiente, tras un sueño moderadamente tolerable, Nick se levantó, se vistió y desayunó con su padre y su madre en la pequeña mesa que ya se encontraba en la cocina cuando ellos llegaron. *Horace* miraba con recelo un plato de bolitas de pienso sintético con sabor a gambas que también les había suministrado el gobierno.

Oyeron que llamaban a la puerta principal.

—Voy yo —dijo el padre de Nick. Se levantó de la mesa, cruzó la sala de estar y miró por la ventana—. Parecen vecinos.

Quitó el cerrojo de la puerta principal y la abrió.

Un hombre de baja estatura, corpulento y prácticamente calvo, aguardaba de pie en el porche. Junto a él se encontraba una mujer delgada que llevaba el pelo recogido con una redecilla de color negro y mostraba una pose impecable.

—Soy Jack McKenna —le dijo el hombre al padre de Nick—, y ella es Doris, mi señora. Vivimos más abajo. Anoche los vimos mientras hacían la mudanza. Hubiésemos venido a ayudarlos... de no ser porque por las noches los trobes y los werjes merodean por este mundo en busca de colonos extraviados que sean tan imprudentes como para aventurarse a salir después de que anochezca.

—Vimos el coche patrulla de la policía frente a su casa anoche. ¿Qué pasó? —añadió la señora McKenna con los ojos abiertos de par en par por la curiosidad.

—Una criatura-padre —contestó él—. Estaba creciendo al lado de la casa. Pasen adentro, por favor. —Condujo a los McKenna hasta la sala de estar—. Estábamos acabando de desayunar. ¿Les apetece una taza de café?

—Por favor, acompáñennos —dijo la madre de Nick—. Soy Helen Graham; él es mi marido, Pete. —Señaló con la cabeza hacia Nick—. Y nuestro niño, Nicholas.

—Tienen ustedes un gato —dijo la señora McKenna al descubrir a *Horace*—. No durará mucho en este lugar. Se lo llevará por los aires un werj.

—Ya se lo llevó por los aires un werj —contestó Nick—. Pero nos lo devolvió.

—Qué raro —comentó el señor McKenna arrugando la frente—. Los werjes rara vez hacen eso. Me pregunto por qué habrá sido.

Helen sirvió café a los McKenna, quienes parecieron muy complacidos por el ofrecimiento; se acomodaron en la sala de estar y, sentados frente al padre de Nick, probaron el café en sus tazas de plástico.

—Supongo que saben ustedes que las formas nativas del Planeta del Labrador se encuentran implicadas en una disputa mortal que viene desarrollándose desde hace siglos —dijo de pronto el señor McKenna.

—Sí —contestó Pete, asintiendo con la cabeza—. Somos conscientes de ello. Los werjes nos lo contaron.

—A la mayoría de los colonos humanos que han venido a parar aquí les gustaría marcharse a cualquier otro lugar a causa de esta guerra. Incluso regresar a la Tierra, a pesar de lo superpoblada que está —comentó el señor McKenna.

—No podemos regresar —dijo Nick—. Por *Horace*.

—¿Es un gato motivo suficiente para que se conviertan en prófugos de su propio mundo? —preguntó el señor McKenna con un tono de voz arrogante.

El padre de Nick respondió con calma:

—Es una cuestión de principios. Creemos que se debe dar cabida a los animales, sin importar cuán superpoblado está el planeta.

—¿Van a cultivar aquí? —preguntó el señor McKenna—. ¿Van a labrar la tierra y a sembrar cereales o cosas así?

—En efecto —respondió el padre de Nick, asintiendo con la cabeza.

—¿Tienen alguna experiencia al respecto? —preguntó la señora McKenna.

—Aún no —admitió el padre de Nick—. Pero he traído conmigo libros sobre agricultura. Tengo intención de leer sobre el tema.

—No van a ser capaces de sacarlo adelante —contestó la señora McKenna con tono pesimista.

—Yo creo que Pete lo conseguirá —replicó la madre de Nick—. Siempre ha sido un hombre decidido y original. Un hombre que vive de acuerdo a sus convicciones, con todas las consecuencias.

Un rostro alargado y demoníaco apareció tras la ventana de la sala de estar. Los ojos le brillaban como las pequeñas rendijas de una vieja cinta de celuloide. Nick se percató de que llevaba puestas un par de gafas oscuras.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó su padre mientras se ponía en pie de un brinco—. ¿Qué es eso?

—Es un trobe —contestó el señor McKenna sosegadamente—. Saben que están ustedes aquí y quieren echarles un vistazo. Probablemente, se han enterado por los werjes.

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó la madre de Nick, presa del nerviosismo—. ¿Es peligroso?

—Pueden espantarlo con esto —contestó el señor McKenna, y le ofreció al padre de Nick un pequeño dispositivo metálico que llevaba colgado del cinturón—. Es un rayo-trobe. Emite una luz brillante. Los trobes se debilitan en presencia de luces muy intensas, aun llevando sus gafas oscuras. Con solo mostrarle el rayo-trobe es probable que se marche.

El trobe, sin embargo, ya había desaparecido. Tal vez había visto el rayo-trobe que llevaba el señor McKenna.

—Un trobe los acribillará a pedradas —dijo el señor McKenna—. Esa es la contribución que hacen los trobes a la guerra. No son ni por asomo tan nocivos como los werjes, y ni unos ni otros son tan dañinos como las criaturas-padre. Pero de todos ellos, criaturas-padre, werjes, trobes, Glimmung es el más peligroso y es al que hay

que evitar.

—Yo lo he visto —dijo Nick.

—¿Dónde? —preguntaron de inmediato el señor y la señora McKenna.

—En el interior de un werj —contestó Nick.

—De modo que era ahí donde se había escondido Glimmung todo este tiempo —dijo el señor McKenna mientras asentía con la cabeza—. No me sorprende. De esa forma, puede dirigir a los werjes para que carguen con más nunks y zancajos, y posiblemente unos cuantos colonos humanos. Aunque los humanos son demasiado pesados como para que un werj pueda levantarlos, y todos vamos armados contra los werjes.

—¿Con qué? —preguntó el padre de Nick.

El señor McKenna le respondió:

—Los werjes detestan los olores intensos que les resulten extraños. En particular, los aromas de cosas que no crezcan en este planeta. Todos nosotros llevamos una cebolla encima, o tal vez una rana muerta u otra criatura pequeña de la Tierra. Harían bien en seguir el ejemplo.

—¿Qué tal funciona el ajo? —quiso saber la madre de Nick.

—Por alguna razón, a los werjes les gusta el olor del ajo —le aclaró el señor McKenna—. Le sugiero que pruebe con una rosa, si es que tiene. O con un poco de lavanda. O...

—Glicinas —le interrumpió la señora McKenna—. A los werjes los aterroriza el aroma de las glicinias. Y el de los claveles. Pero los claveles no crecen aquí, en el Planeta del Labrador, por desgracia.

La madre de Nick farfulló:

—Tengo un frasquito de perfume.

—Eso servirá, sin ninguna duda —afirmó la señora McKenna.

El trobe se acercó de nuevo a la ventana. O puede que fuese otro trobe totalmente distinto. Nick no fue capaz de distinguirlo. El trobe oteó el interior. Tenía un rostro diminuto y amarillento que refulgía un odio salvaje y enconado. Golpeó el cristal con sus huesudos nudillos cubiertos de pelo. Entonces dijo algo.

—¿Qué está diciendo? —quiso saber el padre de Nick.

—El gato —le respondió el señor McKenna—. Es algo sobre el gato.

El trobe apretó unos labios correosos contra la ventana y repitió lo que había dicho.

—Santo cielo —exclamó el padre de Nick mientras se ponía en pie de un salto—. Está diciendo que han capturado a *Horace*. —Miró frenéticamente a su alrededor—. ¡Pero si hace un momento estaba aquí dentro!

—La puerta principal —advirtió la madre de Nick a punto de desmayarse—. Hay una rendija abierta. Debe de haberse escapado.

—Lo siento —dijo el señor McKenna, aunque no parecía estar muy preocupado—. Supongo que olvidé cerrarla. O puede que no encaje del todo bien. Muchas de

estas casas construidas por el gobierno no tienen demasiada calidad.

En la ventana, el trobe les hablaba:

—... Nos lo comeremos... la mejor cena desde hace meses...

Entonces, el trobe desapareció de la vista. Se había marchado.

—Van a comerse a *Horace* —intervino Nick con voz temblorosa.

Corrió hacia la puerta principal y salió al porche.

—¡Nick, vuelve aquí! —gritó el padre siguiéndolo—. ¡La criatura-Nick!  
¡Tenemos que buscarla antes que nada!

Pero Nick ya había visto a los dos trobes huyendo con *Horace*, al que llevaban cogido por los extremos. Los trobes no eran grandes, pero entre los dos se las arreglaban para cargar con el gato, a pesar de que este se retorció y pateaba vigorosamente.

—¡Soltad a mi gato! —chilló Nick, y comenzó a perseguirlos.

## CAPÍTULO

# 11

Mientras Nick corría tras los trobes, algo se movió entre los matorrales anaranjados que crecían a ambos lados del camino.

—Eh, señor —lo llamó una voz. Se trataba de un zancajo que se había erguido entre los arbustos, intentando atraer la atención de Nick.

—Se han llevado a mi gato —dijo Nick entre jadeos cuando se detuvo en seco—. Van a comérselo.

Echó a correr otra vez, ofuscado.

—Espere, espere —respondió el zancajo gesticulando para que se detuviera.

Otro zancajo apareció, y junto a ese, dos más. Un grupo entero de zancajos se arremolinaba para entonces a ambos lados del camino, todos tratando de hablar al mismo tiempo.

—¡Un momento! —gritó el primer zancajo para pedir silencio—. Haced el favor, amigos —añadió enseguida, irritado—. Está bien, todo en orden.

—No puedo atenderlos ahora —les dijo Nick.

—Señor, es una trampa —le advirtió el primer zancajo—. No van a comerse a ese animal cabeza de chorlito suyo; tan solo tratan de atraerlo a usted para que se aleje de la casa.

—¿Por qué? —les preguntó Nick.

Permaneció allí mientras esperaba la respuesta. Mucho más abajo por el camino, los dos trobes, con sus gafas oscuras, iban al trote con *Horace* a cuestas, y Nick los veía hacerse cada vez más pequeños.

—Sabemos que hay una criatura-Nick en acción —continuó el primer zancajo—. Hemos estado toda la noche buscándola, pero sin suerte. Es a usted a quien se van a comer si no tiene más cuidado. Mientras esa cosa esté merodeando por aquí, todo esto es Ciudad Peligro.

Nick se liberó de su indecisión de súbito. Salió corriendo camino abajo en la dirección que habían tomado los trobes.

El camino conducía a una vasta espesura de árboles. Un lugar lóbrego, lleno de sombras profundas y troncos retorcidos.

—¡No entre ahí! —le gritaban los zancajos a su espalda. Algunos de ellos salieron a la carretera, como si tuvieran la intención de seguirlo.

Nick penetró en la oscura abertura que formaba el camino.

A la derecha, nada más salir de la carretera, vio algo que no esperaba encontrarse. Impactado, se quedó clavado en el sitio, mirándolo fijamente. El viejo vehículo con el tanque de agua de Reg Frankis. El coche estaba volcado y el tanque, partido por la mitad, aún vertía pequeños hilos de líquido. Se había formado un gran charco

alrededor del coche y el tanque destrozado.

No lejos de allí, en medio de los retorcidos arbustos, yacía el aguador boca abajo. Una vara de metal plateado le sobresalía en mitad de la espalda. El aguador, Reg Frankis, estaba muerto.

Un zancajo apareció al lado de Nick.

—Es la lanza de Glimmung —dijo.

—En plena espalda —añadió Nick con voz funesta.

—Así es como actúa Glimmung —explicó el zancajo.

El coche estaba destrozado y había fragmentos desperdigados por todas partes. Como si un gigante hubiese estado hurgando en él en busca de algo.

—Estaba buscando el libro —dijo el zancajo—. El libro del mundo, el libro que cambia cada vez que se lee. La única copia, la que le entregó usted al aguador.

—Ha sido culpa mía —balbució entonces Nick—. Si no hubiera hecho el cambio con él...

—Entonces Glimmung le habría hecho eso mismo a usted —le aseguró el zancajo—. Él haría lo que fuese con tal de recuperar su libro. Atacar cobardemente la ciudad. Así como también nosotros haríamos lo que fuese para conseguirlo. —El zancajo se quedó un instante en silencio, pensativo—. Este es un lugar deforme, esta arboleda; todo lo que crece aquí es una malformación. Olvídense de su mascota, señor. Regrese a su casa. Los trobes lo han atraído hasta aquí para destruirlo. Este sitio es Ciudad Destrucción.

—Voy a quedarme aquí —contestó Nick. Se le había ocurrido una idea que no quería compartir con el zancajo—. Vuelva a mi casa y cuénteles a mi padre lo que está pasando. Dígale que lo espero aquí.

—Entonces, no se aleje de la carretera —le advirtió el zancajo. Comenzó a caminar en la misma dirección por la cual habían llegado los dos hasta allí—. No deje que lo persuadan de abandonar la carretera, como hicieron con el aguador.

El zancajo aguardó un instante y luego salió corriendo. Un momento después, ya había desaparecido.

El libro debe de estar aún aquí, pensó Nick.

¿Dónde lo habría escondido el aguador?, se preguntó. En un coche, un conductor pondría algo que tuviese el tamaño de un libro, algo pequeño, en la guantera. En efecto, recordó al aguador haciendo justo eso. Y los werjes eso no lo sabrían, ni tampoco Glimmung, probablemente. De hecho, ellos no podían saber qué era una guantera ni dónde se encontraba.

Abrió la puerta retorcida y destrozada del coche. Nick se deslizó hacia el interior con cuidado. Manoseó con los dedos el botón de la guantera y lo presionó. La puerta no se abrió. Presionó de nuevo el botón. Siguió sin abrirse. Está atascada, se dijo Nick. Tendré que hacer palanca.

Salió del coche y comenzó a buscar a su alrededor, entre los restos desperdigados, hasta que encontró un triángulo delgado de metal. Esto servirá, pensó con decisión.

De nuevo, se escurrió con cautela hasta el interior del vehículo. Esa vez, encajó el trozo de metal en la ranura que bordeaba la puerta de la guantera e hizo palanca.

La puertecita se abrió. Nick inspeccionó el interior.

Allí guardado estaba el libro. El libro de Glimmung.

Nick lo agarró y volvió a salir reptando del coche. Se quedó parado en mitad de la penumbra de los árboles leyendo la cubierta: *Un día de verano*, el libro que él había intercambiado con el aguador, el libro que le fue entregado por error de manos del werj.

¿Debería contárselo a alguien?, se preguntó a sí mismo. Decidió que sería mejor no hacerlo. Pensarían que era demasiado peligroso.

Nick se desabotonó la camisa, metió dentro el librito áspero al tacto, y volvió a abotonarla. Nadie lo sabrá, se dijo.

Algo aleteó tras un árbol cercano. Una forma ascendió hacia el cielo de la mañana. Nick se dio la vuelta, aterrado, tan solo para verlo marchar. Se trataba de un werj. Había estado durmiendo entre las ramas.

¿Me habrá visto?, se preguntó Nick. ¿Habrá visto el libro? No tenía idea. El tiempo lo revelaría.

El werj se alejó volando, sin hacer ningún ruido, en dirección a una lejana hilera de montañas erosionadas con aspecto baldío. Nick permaneció observando hasta que el werj desapareció de su vista. Tal vez ha ido a contárselo a Glimmung, pensó.

—¡Nick!

Su padre y el señor McKenna llegaron a toda prisa por la carretera que conducía a la casa. Por delante de ellos, un zancajo corría dando brincos, como si fuese una ardilla con varias colas. Tras su padre se apresuraban varios zancajos más.

—Estoy bien —dijo Nick cuando su padre y el señor McKenna penetraron en la lúgubre y estrecha bóveda arbórea.

—No debiste salir de casa —dijo su padre, pálido de preocupación—. ¿Alguna señal de...? —Entonces vio lo que le había ocurrido al aguador.

—Glimmung —dijo Nick a modo de explicación.

—Iré a llamar a la policía —dijo el señor McKenna. Miró atemorizado hacia los árboles—. No es seguro permanecer aquí, para ninguno de nosotros. Glimmung debe de estar muy furioso; esto no suele ocurrir, un acto perpetrado de manera tan descarada, especialmente contra un humano. Lo normal es que estén más interesados en los impresores.

El señor McKenna comenzó a caminar de vuelta hacia la casa, dejando atrás a Nick, a su padre y a los zancajos.

—¿No hay rastro de *Horace*? —le preguntó su padre.

—Los dos trobes se metieron aquí; los vi entrar, pero entonces vi al señor Frankis y dejé de perseguirlos —contestó Nick.

—Supongo que hemos perdido a *Horace* —dijo su padre con tristeza.

—Puede que sí —respondió él, aunque en realidad no lo creía—. Los zancajos me

han dicho que... —comenzó a hablar, pero su padre lo interrumpió.

—Nick, voy a llevarte de vuelta a casa. Esperaremos allí a la policía.

Agarró con firmeza el hombro del chico con una mano y lo condujo de vuelta a la carretera, en la misma dirección por la que habían llegado.

Uno de los zancajos, alterado, le decía a otro:

—Eh, George, puede que el libro esté aún aquí. Echemos un vistazo.

Ambos zancajos, y luego un tercero, se introdujeron reptando en el vehículo destrozado y comenzaron a revolverlo todo en el interior.

—Vamos —dijo el padre de Nick, instando a su hijo a seguir adelante.

—Piensa en lo que supondría para los últimos impresores que al fin pudiésemos encontrarlo —comentó uno de los zancajos, entusiasmado.

Nick se dirigió a su padre:

—Papá, el libro...

—Olvídate del libro —lo interrumpió su padre—. No es importante.

Sí, sí que lo es, se dijo Nick.

## CAPÍTULO

# 12

De vuelta en casa, Nick salió disparado hacia su habitación. Allí, en privado, se desabotonó la camisa y sacó el libro. Se acomodó, lo abrió por el índice que se encontraba en la parte trasera y buscó el nombre «Frankis, Reg.». ¿Qué era lo que había dicho el zancajo? El libro del mundo. El libro que cambia cada vez que lo lees. Y antes que eso, los zancajos habían dicho algo más: «Está todo ahí. Todo: el pasado y el futuro. Las dos cosas».

A la entrada de «Frankis, Reg.» el libro le asignaba un número de página. La página 42. Nick la buscó y, mientras leía el texto, le temblaban los dedos con que sostenía el libro. Leyó: «... por sus maneras de ladrón. Pese a las súplicas, Glimmung sabía que había que hacerlo. El aguador no tenía ningún derecho sobre el libro, y por eso desapareció. Y el tanque de agua, aplastado para siempre. *Pax vobiscum*».

En efecto, allí estaba. Ahí mismo, en el libro. Una breve pero precisa reseña de la muerte del señor Frankis. ¿Estaría ese pasaje ahí el día anterior?, se preguntó Nick. Suponiendo que el señor Frankis le hubiese echado un ojo durante el viaje en coche hasta la casa, suponiendo que hubiese buscado su nombre en el índice, ¿habría encontrado aquello? ¿Habría llegado a saber lo que iba a ocurrirle? Y, sin embargo, el zancajo había dicho: «El libro cambia cada vez que se lee». Así que quizá ese pasaje no estuviese ahí anteriormente. Había aparecido en el instante de la muerte del señor Frankis, o incluso más tarde.

¿Qué dirá el libro sobre mí?, se preguntó Nick. ¿Será el mismo texto que leímos en el trayecto hasta aquí, después de que Glimmung me entregase el libro por accidente? ¿O habrá cambiado a estas alturas?

Nick volvió a revisar el índice, en esta ocasión en busca de la entrada «Graham, Peter y familia». El índice, en esta ocasión, remitía a la página 5. ¿No era la página 35 la que marcaba con anterioridad?, se dijo Nick. Estoy seguro de que eso es lo que ponía entonces, pensó.

Se dirigió a la página 5 y leyó: «El chico recibirá un libro por error. Un libro valioso. Comerciará con él y lo perderá, y más tarde se hará con él de nuevo. Trobes, un par de ellos, raptarán a la criatura que huele a pescado. Pero la criatura los morderá y se librarán de ellos. La criatura vagará por los bosques del mundo. Gritará durante días y noches enteras. El chico lo encontrará por sus gemidos. Pero Glimmung llegará a saber quién está en posesión de su libro, y saldrá en busca del chico».

Con ello, finalizaba el pasaje sobre Nick.

Esto no estaba ahí con anterioridad, pensó Nick. Los zancajos tienen razón, el libro cambia.

Además, el libro conoce el futuro. Sabe que *Horace* morderá a los trobes y escapará. Y que lo encontraré de nuevo gracias a su llamada.

Una cosa era indudable acerca de *Horace*: estaba dotado de un maullido exageradamente sonoro, que usaba cuando era necesario, y a veces también cuando no lo era.

¿Qué diría el índice sobre *Horace*?, se preguntó Nick. De nuevo, volvió al índice. En efecto, había una entrada para su gato. En la página 8, decía el índice, encontraría una entrada sobre su mascota.

Se dirigió a la página 8 y leyó: «La criatura que huele a pescado hallará su destino, un día, en el océano. Entonces tendrá el pelaje cano y será muy viejo. Recorrerá su camino hasta el océano y emitirá un alarido peculiar. A la llamada de tal gemido acudirá un gran pez, el cual abrirá la boca, y dentro del gran pez se introducirá la criatura. El pez lo llevará hacia el mar y se oirán los lamentos de la gente afligida».

Nick se preguntó cuán distantes en el futuro serían aquellos acontecimientos, en los que *Horace* hallaría su camino hasta el océano y el gran pez. Pero, al menos, escaparía de los dos trobes. Y el propio Nick habría de encontrarlo.

Aquello significaba que Glimmung no lo atraparía ni lo destruiría, por lo menos durante una buena temporada.

Nick decidió que, si Glimmung iba a por él, le entregaría el libro. Eso era lo sensato, en vista de lo que este era capaz de hacer, pero...

Si tan solo tuviese tiempo para hacer una copia del libro, pensó Nick. Me llevaría horas hacerlo, puede que incluso días. Lo que él copiase no cambiaría, tal como sí lo haría el propio libro.

Y entonces se le ocurrió. Cayó en la cuenta de lo que debía hacer.

Si pudiese encontrar a un impresor, se dijo, él podría hacer un duplicado del libro. Una copia exacta. Si es que he comprendido correctamente lo que hacen los impresores, pensó. Puedo pedir ayuda a los zancajos. Ellos sabrán qué hacer.

Salió de su habitación, recorrió el camino hasta la puerta principal, la abrió e inspeccionó los arbustos del jardín. No había rastro de su padre, su madre ni del señor McKenna. Evidentemente, debían de haber vuelto al claro del bosque en el que se hallaba el señor Frankis para aguardar la llegada de la policía.

—Llamando a todos los zancajos —dijo Nick en voz alta—. Acérquense, zancajos. ¿Me oyen?

La cabeza de un zancajo de rostro somnoliento apareció de un brinco. Resultaba obvio que el zancajo se estaba echando una siesta.

—Ciudad Interrupción —dijo el zancajo, meneando la cabeza para despejársela—. ¿Cuál es el trámite, señor? —le preguntó a Nick.

—¿Pueden llevarme hasta un impresor?

—El otro señor, el señor de mayor tamaño, dijo que debe usted permanecer dentro —señaló el zancajo—. Lo oí decirlo. Ciudad Presidio, eso es.

El zancajo se acomodó de nuevo en la base del arbusto, dispuesto a reanudar su siesta.

Nick respiró hondo y dijo:

—Tengo de nuevo el libro de Glimmung.

Cuatro cabezas de zancajo saltaron a la vista simultáneamente, y los cuatro clavaron la mirada en él: ocho ojos que no parpadeaban, brillantes como el rocío de la mañana.

—Nos está tomando el pelo —dijo uno de los zancajos—. Lo diré claro —añadió dirigiéndose a sus compañeros—: Él no tiene el libro de Glimmung. Glimmung lo recuperó del aguador. Nosotros mismos rebuscamos por todas partes.

—Encontré el libro antes de que comenzasen ustedes a buscarlo —respondió Nick.

—Ciudad Revelación —dijo un zancajo con una expresión de sorpresa y esperanza en su rostro pequeño, nudoso y marrón—. ¿Qué va a hacer con él, señor? Nosotros no tenemos dinero, ni tampoco lo tienen los impresores. Puede que algún colono humano tenga.

—No es cuestión de dinero —respondió Nick—. Estoy tratando de ponerme a salvo de lo que le ha pasado al señor Frankis.

—Entonces, entréguenos el libro —le sugirió un zancajo.

—Glimmung seguiría pensando que lo tengo yo —respondió Nick—. Seguirá pensándolo hasta que se lo devuelva.

Pero, en el fondo, Nick tenía otra razón para querer conservar el libro. Quería leerlo, y no solo en aquel momento. Quería que el libro siguiera siendo suyo para siempre.

Aparentemente, los zancajos se percataron de ello, porque uno de ellos dijo:

—Creo que está usted siendo insensato, señor, al querer conservar el libro de Glimmung. Estará mucho más seguro si nos lo entrega a nosotros. Pero lo comprendemos. Un libro como ese, un libro que puede hacer lo que ese libro es capaz de hacer, es algo difícil de olvidar. Está bien, lo dispondremos todo para realizar una copia; lo llevaremos hasta el impresor más cercano y que haga una réplica del libro de Glimmung... Cosa que él hará de lo más complacido. Hemos estado buscando ese libro, rezando para que Glimmung lo extraviase, durante años. Ciudad Oportunidad. En marcha.

Los zancajos salieron de un brinco de los arbustos y descendieron al trote por el camino, volviendo la vista atrás para asegurarse de que Nick los seguía.

Muy por encima de ellos, en el cielo, un punto negro planeaba describiendo círculos.

—Un werj —murmuraron los zancajos mientras conducían a Nick por la carretera.

—¿Puede divisarnos desde tan lejos? —inquirió Nick, intranquilo.

—Es probable —contestó un zancajo—. ¿Lleva algo consigo que pudiera

espantar a un werj? ¿Algún objeto productor de olor, como una cebolla?

—No —respondió Nick—. He olvidado traer una cebolla. Tenía intención de hacerlo, pero...

—Aquí tengo un valioso artículo contra los werjes que me entregó un colono humano —dijo uno de los zancajos; resultaba evidente que la esperanza de hacerse al fin con el libro de Glimmung había provocado que los zancajos se mostrasen temerarios—. Un trozo de queso azul —dijo el zancajo conforme Nick extendía la mano.

—Un werj moriría si se encontrase con el extraño objeto queso azul en noventa metros a la redonda —añadió otro zancajo—. ¿Para qué se usa en su planeta casa?

—Allí el queso azul se come —les explicó Nick.

—Ciudad Inverosímil —corearon los zancajos al unísono.

De un brinco, reanudaron la marcha con Nick siguiéndoles el paso. El viaje en busca del impresor había comenzado a pesar del werj que se cernía, muy por encima de ellos, en el cielo del mediodía. Mirando arriba detenidamente, un zancajo dijo:

—Espero que no logre averiguar lo que estamos haciendo.

Estoy asumiendo lo que mi padre llama un riesgo calculado, se dijo Nick. Se pondrá muy furioso cuando se dé cuenta de que me he marchado, furioso y preocupado. Pero es la única manera de apartarme del foco de atención de Glimmung. Al menos, estimó Nick, sin tener que renunciar al libro.

Cosa que, pensó, no tengo intención de hacer.

## CAPÍTULO

# 13

—¿A qué distancia está el impresor? ¿Nos llevará esto mucho más tiempo? —preguntó Nick tras haber recorrido un buen tramo.

—No lejos —dijo un zancajo, jadeando.

Sobre ellos, al werj se le había unido otro punto oscuro. Ahora eran dos los werjes que describían círculos por encima, y aun así no hacían nada. No creo que puedan ver el libro desde allí, no creo que sepan que lo tengo yo, pensó Nick.

Una vez más, se había abotonado la camisa hasta arriba para ocultar el tomo. Contra su piel, el libro tenía el tacto coriáceo y rasposo del pellejo de una serpiente salvaje y aberrante. Como ya le había ocurrido con anterioridad, lo disgustó esa sensación.

—¿Cómo consiguen los trobes las gafas oscuras que llevan? —preguntó Nick a los zancajos.

—En origen, años atrás, robaron un par a un colono —contestaron los zancajos—. Y luego obligaron a un impresor, al que habían secuestrado, a realizar muchas muchas copias de ellas.

—¿Llevan ustedes un rayo-trobe, para iluminarlos con él si nos atacan? —quiso saber Nick.

—Sip —asintieron los zancajos—. Ciudad Protección —añadió uno de ellos con regocijo.

No parecía que los zancajos sintiesen el mismo temor hacia los trobes que sí tenían hacia Glimmung y los werjes.

—¿Pudo ese impresor escapar? —preguntó Nick.

—Por desgracia, no —respondió uno de los zancajos—. Al final, Glimmung lo ensartó con su lanza. De cualquier modo, aquel impresor era ya muy anciano y frágil. Ese fue el motivo por el cual los trobes fueron capaces de capturarlo. Ciudad Disparidad.

—¿Qué significa disparidad? —preguntó Nick.

—Bueno... —comenzó un zancajo, y entonces todos ellos se lanzaron a una discusión al respecto; conversaban como si fuesen ratones enfadados.

—No importa, déjenlo —dijo Nick.

—Ciudad Inintegración —declaró uno de los zancajos, dando por acabada la discusión.

La hierba y los arbustos anaranjados a ambos lados de la carretera habían comenzado a dar paso a un pálido desierto, una extensión árida en la que nada crecía. Este no es lugar para escondernos si nos atacan, pensó Nick al percatarse de ello. Pero, al mismo tiempo, tampoco es buen lugar para una emboscada por parte de los

trobos. A esas alturas, Nick, y también los zancajos, tenían una panorámica de decenas de metros.

Algo pequeño y redondo rodaba por la carretera por delante de ellos. Algo que estaba vivo.

—Es un nunk —le explicaron los zancajos—. Este es un lugar de nunks, aquí, donde nada crece. La guerra ha obligado a los antaño prósperos nunks a ocupar algunos entornos desérticos.

—¡Qué hay! —los saludó el nunk con una voz infantil y chillona.

—¿Cómo va, nunk? —respondieron los zancajos.

Ellos no aminoraron la marcha, y tampoco lo hizo Nick.

—¿Adónde vais tan aprisa? —inquirió el nunk.

La criatura volvió a rodar sobre el asfalto y Nick tuvo que andar con cuidado de no pisarlo.

—Un impresor —confesaron los zancajos—. Estamos buscando al anciano Señor Azul. ¿O es que ha muerto ya?

—El Señor Azul está ocupado, como de costumbre, produciendo tostadoras, planchas para bocadillos y radios para los colonos —respondió jovial el nunk—. ¿Quién es este joven colono de aquí? No lo habíamos visto nunca antes.

—Mi familia y yo acabamos de llegar de la Tierra —le explicó Nick.

Y entonces pensó: ¿Llegamos ayer? Parece que hace más tiempo. Han pasado tantas cosas... y en menos de un día completo.

—Un consejito —dijo el nunk mientras rodaba junto a ellos—. ¿Veis a los werjes allá arriba? He estado escuchando su conversación. Creen que este joven colono puede saber dónde se encuentra el libro de Glimmung. ¿Qué tienes que decir al respecto, joven colono? ¿Alguna réplica por tu parte?

—Se lo entregué al aguador —contestó Nick con cautela.

—Los werjes dicen que no lograron encontrarlo —replicó el nunk mientras rodaba en zigzag entre sus pies, como si de un juego se tratase—. Buscaron hasta darse por vencidos, y llegaron a la conclusión de que el aguador nunca lo tuvo.

—Eso no es así —afirmó Nick.

—Otra cosa —añadió el nunk—. Una criatura-padre te está persiguiendo.

—¿Una que se parece a mí? —preguntó Nick entre escalofríos.

—Es idéntica a ti —dijo el nunk antes de alejarse rodando felizmente, dejando atrás a Nick y a los zancajos.

—No son noticias buenas —manifestó un zancajo de inmediato.

—Será mejor que no aminoremos —dijo otro—. Ciudad Urgencia. Apresurémonos.

Nick y los zancajos apretaron el paso.

Sobre ellos, los werjes continuaban volando en círculos.

## CAPÍTULO

# 14

El desierto se transformó en una pendiente ascendente en la que crecían extrañas plantas que parecían pinchos; varas de un gris moteado en las que no se podía apreciar hoja alguna. A Nick las plantas se le figuraron viejas y muertas. No se mecían con el leve viento del mediodía. Era como un huerto que hubiese sido abandonado. Pequeños frutos secos colgaban de algunas de las plantas, blanquecinos y correosos. A ambos lados, a lo largo de una desoladora carretera bastante maltrecha, se encontraba lo que parecían ser las ruinas de lo que pudo ser una granja. Alguien, resolvió Nick, vivió allí tiempo atrás. Tal vez un ser humano. Pero aquella persona se había rendido, se había marchado. Para no regresar jamás.

—Una vez, esto fue un campo fértil y próspero, un lugar de múltiples cosechas —dijo un zancajo con voz sombría—. Entonces llegó Glimmung. Asoló esta región con su presencia. Provocó que quienes se habían establecido aquí se marchasen. Eso fue años atrás.

—Ya veo —contestó Nick, y lo recorrió un escalofrío.

—Glimmung se llevó toda vida de aquí —continuó el zancajo—. La drenó desde el suelo, la usurpó de las plantas. El hombre y la mujer que araban y sembraban esta tierra se tornaron tiesos y quebradizos, como hueso tostado. Por eso no pudieron quedarse. Otros han intentado establecerse aquí, desde entonces. Pero es siempre lo mismo, siempre se marchan. La maldición de Glimmung pesa sobre este lugar, y siempre lo hará. Al menos, hasta que el propio Glimmung sea destruido.

—Lo que probablemente jamás ocurrirá —añadió otro zancajo.

—Puede que sí —replicó Nick.

—Si eso ocurre —terció otro de los zancajos—, no será por lo que nosotros hagamos. Los zancajos no pueden hacer gran cosa, en realidad. Ciudad Impotencia, diría yo.

Al frente, bajas colinas los desafiaban, carentes de color y evidentemente deshabitadas. Nick vio enormes peñascos de algún tipo de roca blanca. Aquello le provocó desasosiego, y tampoco parecía hacer demasiado felices a los zancajos. En silencio, estos y él ascendieron un tortuoso e irregular sendero que transitaba entre pilas de escoria. Era como si hubiese habido un volcán, pensó Nick, en las proximidades. Su fuego estaba extinto, tal vez desde hacía varias décadas, quizá incluso desde hacía mil años.

Al frente, en el astroso pico de una colina, Nick divisó una grieta completamente anómala, como si la luz se lanzase a su interior, carbonizando aquella inconcebible grieta hasta el frío y oscuro nacimiento de la tierra.

—La cicatriz de Glimmung —le explicó un zancajo. Todos sus acompañantes se

detuvieron en su ascenso y también lo hizo Nick—. En aquel lugar, por allí, apareció Glimmung por vez primera en este mundo. Surgió en el cielo del mediodía como un fogonazo, derramando fuego gris, abrasando todo cuanto quedaba cerca. Desde entonces, nada ha vivido aquí. Desde allí, Glimmung se derramó por todo el planeta, como un lago de detestable oscuridad. Fuego y oscuridad, ese es el estilo de Glimmung. Esa es su naturaleza.

Los zancajos, ya descansados, reanudaron la marcha una vez más.

—¿Queda mucho? —quiso saber Nick, jadeando mientras subía paso a paso.

—Es en la llanura, tras esas colinas —resoplaron los zancajos.

Ellos también estaban prácticamente exhaustos. Una pesadez los abrumaba, una carga que les confería aquel lugar. Tan solo caminar por allí requería un tremendo esfuerzo. Nick sintió como si el mismísimo planeta se le hubiese posado en la espalda, haciéndolo inclinarse y doblarse. Se sintió agotado y muy viejo, como si hubiese vivido durante miles de años.

—La fatiga... —dijo un zancajo con la respiración entrecortada—, está por todas partes aquí. Como si la gravedad paciera en aquellas colinas, en busca de criaturas vivas a las que infectar con su pesadumbre. No falta mucho, ya.

Sobre ellos, a los dos werjes se les había unido un tercero y, en esos momentos, un cuarto batía las alas en dirección a los demás para ocupar su puesto entre ellos.

—Deben de saber adónde nos dirigimos —dijo Nick.

—Cierto —convino un zancajo—. Pero los werjes temen a los impresores. Los impresores tienen poder sobre otras criaturas... Al menos cuando el impresor es fuerte. Pero ahora están muy debilitados. La lucha contra Glimmung está durando demasiado.

Habían alcanzado la cumbre, y allí se detuvieron. Nick bajó la mirada por la ladera de la colina y vio una llanura que se extendía cubierta de hierba y algún árbol ocasional. Aquí y allá, unas granjas. Resultaba evidente que ahí vivían colonos humanos. Un buen número de ellos, de hecho.

—Ahora, el viaje será más fácil —le aseguró un zancajo.

Este sacó un pañuelo grande de bolsillo y se sonó la nariz ruidosamente. Otro zancajo se daba toquécitos con delicadeza en la frente para secarse el sudor.

—Ciudad Agotamiento —comentó un tercero.

Permanecieron allí durante unos momentos más, en la cresta de la cadena de colinas. Luego, uno tras otro, comenzaron a descender por la otra ladera.

Entonces, los cuatro werjes se dejaron caer de súbito plegando las alas. Descendían directamente hacia Nick y el grupo de zancajos.

—¡Rápido! —gritó uno de ellos—. ¡El queso azul!

Nick sacó el queso de su bolsillo y lo sostuvo en alto en la dirección en la que descendían los werjes. En un frenesí causado por la repulsión, los cuatro se precipitaron en un largo quiebro que los alejó de los zancajos y de Nick. Los werjes chillaron de disgusto, planeando momentáneamente sobre ellos, y entonces salieron

disparados en la dirección por la que habían llegado Nick y los zancajos.

—Tan solo trataban de asustarnos —dijo uno, pero todos ellos parecían atemorizados.

—Mantén preparado el queso azul —le advirtió un zancajo a Nick, quien aún sostenía el repelente de werjes—. Puede que se nos acerquen con sigilo por la espalda para atrápanos cuando no estemos mirando. Una vez estemos con Señor Azul, todo irá bien.

De nuevo, descendieron por el quebrado sendero, paso a paso. En aquella ocasión, la maleza eran tallos altos, duros e infames. Las malas hierbas estaban provistas de espinas como agujones, y los zancajos las esquivaban con cuidado. Parecía obvio que las espinas eran venenosas. Pero, por suerte, la maleza nociva se iba aclarando y comenzaba a ser reemplazada por la inofensiva hierba anaranjada. Entonces, los zancajos se relajaron y charlaron amigablemente entre ellos. A Nick le dio la sensación de que, durante un tiempo, el peligro había desaparecido.

—Allí está el impresor —dijo un zancajo deteniéndose un instante para señalarlo. Nick se hizo sombra con la mano sobre los ojos y escudriñó con la mirada.

Por debajo de donde se encontraban, un grupo de colonos humanos se apiñaba alrededor de un cono liso que irradiaba alegres colores mate: un montículo de proporciones inmensas que palpitaba, menguaba y fluía, para luego volver a reconstruirse.

—¿Es eso? —preguntó Nick, decepcionado.

—No permita que la forma física del impresor lo desanime —le aconsejó uno de los zancajos—. Es bastante soso, hay que reconocerlo, pero un impresor es pura bondad e inteligencia, está colmado de buena voluntad y sabiduría; y de la determinación de ayudar a quien acuda a él. Ciudad Ayuda. En eso consiste un impresor.

El zancajo se puso en marcha y los demás se le unieron. Nick también lo hizo.

Cuando llegaron a la planicie, Nick observó que los colonos humanos que rodeaban al impresor iban cargados con toda suerte de aparatos domésticos de los cuales querían obtener una copia. Uno tras otro, los colonos llevaban sus preciadas posesiones hasta Señor Azul. Ondulándose por el esfuerzo, el anciano gran impresor generaba, a partir de sí mismo, una reproducción del objeto. A primera vista, a Nick le pareció que la reproducción era idéntica al objeto original. Sin embargo, cuanto más se acercaba, iba comprobando que, en todos los casos, la réplica del impresor no era tan exacta. Al ver eso, Nick recordó todo cuanto había oído acerca de los impresores: su debilitamiento, su avanzada edad, su incapacidad para evitar que sus reproducciones terminaran siendo... ¿cuál era la palabra?: pochosas, eso era. Un término apropiado, concluyó Nick, tras ver lo que el impresor había hecho.

Los productos del impresor eran imprecisos y estaban vagamente definidos. A un

lado, Nick vio a un colono que había conseguido que el impresor le duplicase un reloj de pulsera. Se aproximó a él y echó un vistazo a la esfera del reloj. Tenía todos los números, pero el orden era incorrecto. Vio que el seis se encontraba arriba del todo y que el doce estaba en el lugar que debiera ocupar el cuatro. Además, el reloj carecía de manecillas.

Con profunda decepción, Nick se volvió hacia donde se encontraba otro colono que sostenía un cuenco que había reproducido el impresor. Vio cómo el recipiente se deshacía en pedazos, que caían al suelo conforme la vasija se desmoronaba. El hombre parecía descontento, pero no sorprendido. Deben de estar acostumbrados, pensó Nick. Y aun así, siguen acudiendo. Pero entonces se dijo: eso mismo estoy haciendo yo. Supongo que siguen conservando la esperanza.

Avanzando en la fila, Nick aguardó mientras la mujer que estaba delante de él depositaba con cuidado un juego de ajedrez de marfil, blanco y negro, del cual quería obtener una copia.

El impresor comenzó a ondear y a temblar. Entonces, una parte de él se desprendió, formando un pequeño montículo separado del resto. El montículo se aquietó y tomó color: se volvió blanco en un extremo y negro en el otro. A continuación, se dividió en partes más pequeñas, y estas se solidificaron en forma de piezas de ajedrez blancas y negras, pero...

—Ay, Dios mío —exclamó la mujer consternada—. Me temo que no lo ha comprendido usted bien, Señor Azul. Debería haber tan solo dos reyes y dos reinas; las otras piezas deberían ser diferentes. —Le mostró al impresor el juego original—. ¿Ve usted? —le preguntó.

Nick se acercó para mirar. En efecto, las piezas eran todas iguales. Todas habían asumido una forma meramente vertical, sin rasgos. Era imposible distinguir las unas de las otras; es más, mientras las miraba, las piezas comenzaron a combarse, como si se derritiesen. A continuación menguaron hasta convertirse en un charco blanco y negro que, finalmente, se mezcló por completo para acabar adoptando un tono gris neutro. Ya ni siquiera se podía apreciar que aquello pretendiera ser un juego de ajedrez.

—¿No querría intentarlo de nuevo? —solicitó la mujer—. Usted solía ser capaz de hacerlo mucho mejor. El mismo mes pasado, de hecho...

Un señor uniformado que permanecía en pie junto al impresor la interrumpió:

—Solo se permite un intento. Hágase a un lado para dejar paso a la siguiente persona, señora. El Señor Azul se encuentra hoy muy débil. —El señor uniformado le hizo señas a Nick para que se acercase—. Su turno —le dijo—. Y no haga que se esfuerce demasiado.

Nick comenzó a desabotonarse la camisa. Agarró el libro y lo sacó.

—¡El libro de Glimmung! —gritó la mujer que esperaba detrás de Nick.

El señor uniformado clavó la mirada en el libro y luego en el muchacho. Su rostro mostró terror, para sorpresa de este. Todo el mundo, a ambos lados de Nick,

retrocedieron presas del pánico. ¿Tanto miedo les causaba Glimmung?, se preguntó. Él mismo se sintió en ese momento mucho más intranquilo; el miedo que mostraban los demás le resultaba muy significativo.

—Quisiera obtener un duplicado de esto —dijo—. Así, podríamos devolver el original a Glimmung y conservar la copia.

A sus pies, los zancajos se revolvían y chillaban; pero él no lograba entender qué era lo que estaban diciendo. Entonces vio que la gente miraba hacia arriba. Contempló la expresión de conmoción en sus rostros congelados mientras miraban hacia lo alto, en la misma dirección por la que habían llegado Nick y los zancajos.

—Es Glimmung —dijeron los zancajos entre susurros—. Viene hacia aquí. Ha visto el libro.

En el cielo, la silueta de Glimmung se hacía cada vez mayor.

## CAPÍTULO

# 15

Glimmung había dejado de esconderse en el interior del werj. Para entonces, en su forma verdadera, se deslizaba como un viento visible hacia Nick, esforzándose por ir más aprisa. Glimmung se aproximaba todo lo rápido que era capaz, impelido por el libro, su libro. El libro a través del cual gobernaba aquel mundo.

Tenía un aspecto deplorable, como si el cuerpo se le hubiese fracturado en múltiples secciones y luego lo hubieran reparado de manera incorrecta, inexperta. Ningún producto pochoso procedente de un anciano impresor podría remedar su inexactitud: la fraudulenta circunferencia de su desdibujado tronco deformado; sus ojos perversos e incandescentes. Glimmung lanzó un grito mientras descendía, un chirrido que le estremeció los oídos a Nick. Un alarido que lanzó a los zancajos a una carrera sin rumbo fijo, incapaces de soportarlo ni tan siquiera un instante.

Glimmung estaba hablando, pero Nick no lograba distinguir las palabras. El discurso de la criatura se confundía en una amalgama, como una grabación de mala calidad.

Qué grande es, pensó Nick mientras permanecía clavado en el sitio, observándolo; y aun así, Glimmung se encontraba todavía a gran distancia. Se hizo más grande conforme descendía desde el cielo. Aún continuaba expandiéndose, y en sus ojos destellaba una gélida crueldad infinita. Ojos que parecían estrellas dementes. Unos ojos, pensó Nick, que iban recolectando por todas partes el temor ante el demonio, y tejían ese temor en una urdimbre concebida para cubrir con ella al mundo.

En la mueca burlona del rostro de Glimmung brillaba el regocijo. El regocijo por ver su libro una vez más. Un gozo gélido y chirriante por hallarse de nuevo cerca del libro que todo lo sabía. Glimmung adoraba ese libro; no podía vivir lejos de él. Sin él se desvanecía, se reducía a humo. Con él, Glimmung recuperaba su poder. Descendiendo desde el cielo, Glimmung alargó la mano para agarrarlo. Se estiró, ávido, y su voz chillona se convirtió en un furioso cántico, un cántico de triunfo y posesión. Ese es mi libro, decía la canción. Se extravió por error, ahora me ha de ser devuelto.

Nick volvió a introducir el libro bajo su camisa, se lo apretó contra el pecho y sintió su presencia correosa una vez más. Echó a correr. En el cielo, Glimmung varió su rumbo, alzó el brazo derecho y Nick pudo ver que agarraba una lanza con la mano. La lanza de Glimmung que había matado al señor Frankis, el aguador, además de a tantas otras personas inocentes.

—¡Entrégame el libro! —gritó Glimmung, y su voz quedó danzando en el viento, el viento generado por su propio descenso colosal.

—Devuélvale el libro —le dijeron los zancajos castañeteando los dientes de puro pavor. Se movían confusamente por todas partes, al igual que los colonos humanos—. Lo va a matar —lloriquearon los zancajos—. Y a nosotros con usted. No hay esperanza. Esto es Ciudad Rendición. Deje que lo recupere.

¿Qué puedo hacer?, se preguntó Nick. ¿Podrá ayudarme el impresor? Aún con la forma de una masa redonda e inerte, el impresor permanecía inalterable. No había nada que el impresor pudiese hacer. O nada en lo que pudiese pensar, cayó en la cuenta Nick; se había vuelto demasiado viejo como para pensar. ¿Dónde podría conseguir ayuda? Mi padre está muy lejos de aquí. *Horace* anda deambulando por los bosques tras haber mordido a los trobes. Tan solo estoy yo junto con este libro. El libro de Glimmung. Ahora él lo va a recuperar y la guerra, pensó Nick, seguirá adelante; y puede que Glimmung la gane. Utilizará el libro como ya lo ha hecho con anterioridad, y nada se interpondrá en su camino, será demasiado fuerte. Pero el libro, pensó, ¿podrá ayudarme?

Nick se agachó y rebuscó a tientas dentro de la camisa. El libro salió dando tumbos y él lo agarró de inmediato. Le dio la vuelta para ir a la parte de atrás, al índice. Buscó en la G de Glimmung. Había muchas páginas acerca de Glimmung, muchas entradas y secciones: cómo llegó Glimmung, qué había hecho Glimmung, qué planeaba hacer Glimmung. Y una última entrada:

Cómo destruir a Glimmung.

Página 45, indicaba el índice. La última página del libro. Nick fue hasta la página 45 y, mientras Glimmung volaba en círculos sobre su cabeza, chillaba y alargaba el brazo para arrebatárselo, examinó el texto.

«... y nada puede destruirlo, nunca dejará de existir. Él los sobrevivirá a todos. Pero sí es posible debilitarlo, tanto como para que no se recupere jamás. Puede tornarse pequeño e impotente para el resto del tiempo que queda por llegar».

—¿Cómo? —gritó Nick.

El texto continuaba así: «Coloque el libro frente al impresor de manera que Glimmung se vea atraído y deba, para alcanzar el libro, llegar hasta el lado del impresor y caer dentro del radio de acción de este. Haciendo eso...».

Sin embargo, en ese momento, Nick sintió el gélido aliento de Glimmung cerca de la nuca. Cerró de golpe el libro y regresó corriendo hasta donde se hallaba el impresor. Sobre su cabeza, Glimmung volaba en círculos, y a continuación, como un rayo, la lanza salió despedida con vida propia. Quedó clavada en el suelo justo al lado de Nick, con el mango vibrando de un lado a otro. Glimmung, volando sobre el chico, estalló en maldiciones al ver que había fallado. Descendió y tendió una mano para atraparlo, volando casi al nivel del suelo.

Nick depositó el libro contra el suave y alargado costado del impresor y, de inmediato, se alejó de allí corriendo.

Al ver el libro, Glimmung se olvidó de la lanza y se posó en el suelo, con la capa ondeándole alrededor como una lengua de ominoso fuego. Avanzó hacia el impresor

dando zancadas, inmenso en su desprecio. Allí, junto al impresor, se inclinó y recogió el libro con sus poderosos dedos. Se quedó de pie, sosteniendo el libro, contemplando a Nick con una mirada de puro odio.

El impresor se estremeció y aumentó de estatura. Adoptó la forma de una columna, y a partir de aquella columna, como un resorte, se desprendió un Glimmung fantasmagórico. El impresor, en la agonía de su muerte, había duplicado a Glimmung. La réplica de Glimmung, con el refulgente casco de cuernos y unos ojos ardientes de maldad, alzó su lanza espectral y la clavó de lleno en la garganta del propio Glimmung.

Este se precipitó volando hacia arriba, hacia el cielo, sujetando el libro con una de sus manos enguantadas. La lanza le sobresalía de la garganta y, mientras se elevaba, trataba de arrancársela. La lanza permaneció clavada, y a su alrededor comenzó a aparecer una herida que no se cerraba. Glimmung no lograba ni arrancarse la lanza ni sanar la herida. Lo habían lacerado, y habría de llevar consigo la lesión que el Glimmung duplicado, aberrante e inexacto, le había causado. La llevaría durante toda la eternidad.

En el suelo, el Glimmung espectral se volvió hacia Nick, alzó las manos enguantadas a modo de súplica y, entonces, se derrumbó sobre sí mismo. Colapsó como una masa amorfa y pastosa, sin contorno ni forma alguna. Quedó tendido sobre la tierra, inmóvil; y mientras yacía inerte y el falso hálito que le había insuflado vida iba desapareciendo, el Glimmung espectral se unió al agónico impresor que lo había creado.

—¡Glimmung está herido! —gritaron los zancajos, reuniéndose alrededor de Nick, tratando de ayudarlo a levantarse. El poder de la mirada de Glimmung lo había derribado y estaba apoyado en las manos y las rodillas—. Se ha marchado, ha huido. Está mutilado para siempre. Se acercó demasiado al impresor. En su ansia por recuperar el libro se dejó llevar sin control. Se olvidó de su enemigo.

—¡Ciudad Salvación! —exclamó otro grupo de zancajos que se acercaba corriendo desde lejos.

—Ha recuperado el libro —afirmó Nick con aspereza.

—Pero jamás volverá a ser el mismo —contestó un zancajo—. La lanza que lleva clavada en la garganta le irá drenando la vida, nunca será el mismo que fue. Levántese, señor, antes de que lleguen los werjes. Glimmung podría volver a golpearnos a través de ellos, en venganza. Recuerde su trozo de queso azul —continuó diciendo—. Lo protegerá de la cólera de Glimmung.

—La cólera de Glimmung —corearon los demás zancajos—. Debemos mantenerlo a salvo. Usted ha logrado nuestra victoria. Nos ha salvado a todos.

—Aún no —contestó Nick con dificultad. Se puso de pie y se tambaleó. Se sentía débil y confuso y veía borroso. Sacudió la cabeza, tratando de aclarársela y de estabilizarse, y se dirigió a los zancajos—: No estoy en condiciones de llegar hasta mi casa. Que alguien vaya en busca de mi padre y le pida que venga a buscarme. ¿Estaré

seguro aquí hasta que él llegue?

El colono uniformado, que había permanecido montando guardia al lado del impresor, se acercó veloz hacia Nick y lo ayudó a mantener el equilibrio agarrándolo con una mano.

—Estarás completamente seguro aquí. Tenemos repelentes antiwerjes y rayos-trobe, y Glimmung no volverá en una temporada. Puede que no vuelva jamás. Habrá regresado a sus montañas para esconderse allí, a la espera de su curación. Pero nada que haya atravesado la lanza de Glimmung puede sanar. Seguirá esperando allá en las montañas, en los picos más elevados, para siempre.

—¿Hay algún sitio en el que pueda sentarme? —preguntó Nick.

Un colono se aproximó con la réplica de una silla que había realizado el impresor unos momentos antes.

—Siéntate aquí —le dijo a Nick.

Entre el señor uniformado y él, ayudaron a Nick a tomar asiento.

Las patas de la silla eran excesivamente largas. La silla se balanceaba bajo el peso de Nick y se volcó hacia un lado, de modo que el muchacho se vio obligado a permanecer en pie de nuevo. El impresor no había hecho muy bien el trabajo.

—Ya estoy bien —dijo Nick—. Más o menos. —Se miró la camisa y la encontró cubierta de innumerables cristales de hielo diminutos que habían llovido sobre él procedentes de la inmensa capa oscura de Glimmung—. Todo cuanto debo hacer ahora es encontrar a *Horace* —aseguró en voz alta.

En mitad de todo aquello, no se había olvidado de su gato ni por un instante.

No volvería a ser feliz, a pesar de su victoria sobre Glimmung, hasta encontrar a *Horace*.

## CAPÍTULO

# 16

¿Qué decía el libro de Glimmung sobre *Horace*? Que mordería a los trobes y los arrastraría por los suelos, eso decía. Escaparía y Nick oiría sus maullidos mientras el gato deambulaba por los bosques del Planeta del Labrador. Así que tengo que escuchar, reflexionó Nick. Debo encontrarlo a través de los potentes sonidos que emitirá... o que quizá esté emitiendo ya.

Su padre había llegado al fin, y con él el señor McKenna. Aparentemente, la madre de Nick y la señora McKenna los estaban esperando en su casa.

—Jamás debiste volver a salir de la casa —lo reprendió su padre. Parecía muy tenso y preocupado, tanto como lo había estado cuando vivían en la Tierra—. Ha sido tan solo cuestión de suerte que no te hayan atrapado esos werjes voladores, o como quiera que los llamen.

—No ha sido cuestión de suerte —lo corrigió Nick, y le mostró a su padre el queso azul—. Esto me protege. Pregúntale al señor McKenna.

El señor McKenna asintió.

—Eso es cierto. Los werjes jamás se acercarían a ningún tipo de queso. Salvo, tal vez, al queso americano, que prácticamente carece de olor. Es el olor lo que ellos detestan.

—Ciudad Victoriosa —declaraban los zancajos, saltando de aquí para allá, llenos de entusiasmo—. Un gran día, un gran día.

—¿Hay algún rastro de *Horace*? —le preguntó Nick a su padre.

—No estaba buscando a *Horace* —respondió aquel con severidad—. Estaba buscándote a ti, Nick. Tú eres infinitamente más importante.

—Pero tenemos que encontrarlo —respondió este.

—Primero vayamos a casa. Tú podrás descansar y yo podré acabar la conversación con el policía sobre el señor Frankis. Y después, si nos encontramos lo suficientemente bien, y si parece lo bastante seguro...

—Nada es seguro en este planeta. Completamente seguro, quiero decir —respondió Nick.

Glimmung estaría siempre presente, siempre habría werjes y trobes. Aparte de lo más espantoso de todo: las criaturaspadre. Aquello lo hizo pensar, de repente, en lo que le había dicho el nunk.

—El nunk junto al que corrimos durante un tramo de la carretera... —comenzó, y entonces se quedó en silencio.

Contarle que la criatura-Nick venía siguiéndolo por la carretera tan solo lograría preocupar a su padre, quien, como de costumbre, ya estaba lo bastante preocupado.

—Sí. ¿Qué pasa con el nunk? —le preguntó, animándolo a que continuara.

—Los nunk son inofensivos. Nos encontramos con uno por la carretera — contestó Nick, evadiendo la pregunta.

—Ya sé que son inofensivos —replicó el padre con voz preocupada—. Venga, vamos a casa.

Comenzó a alejarse en la misma dirección por la que había llegado.

El señor uniformado que había permanecido en guardia junto al anciano impresor detuvo al padre de Nick.

—Señor Graham, su hijo le ha causado la primera herida de importancia a Glimmung, quien hasta ahora permanecía incólume.

—¿Nick ha hecho eso? —preguntó el padre—. Increíble. —Parecía un poco aturdido—. Me alegro mucho. —Y entonces, de repente, volvió a mostrarse preocupado—. ¿No has asumido un riesgo espantoso, Nick?

Este suspiró.

—Sí. Lo he hecho.

—Pero, al menos, ahora estás bien, ¿no? —añadió el padre, cosa que le levantó el ánimo. Feliz, le dio un golpecito en la espalda a Nick—. Así que hemos empezado con buen pie aquí... Este agente parece extremadamente orgulloso de ti.

Los zancajos, reuniéndose en círculo en torno a Nick y a su padre, gritaron con sus clamorosas voces:

—¡Ciudad Éxito!

—Y los zancajos también —les aseguró el guardia uniformado—. Ellos lo han presenciado. Todos nosotros lo hemos presenciado. Glimmung llevará la lanza fantasma clavada en la garganta durante toda la eternidad gracias a lo que ha hecho su chico. En sus dominios yermos y desolados de las montañas, Glimmung tendrá que cuidar su herida eterna, y se debilitará día tras día. Crecerá su resentimiento, meditará, siempre dando vueltas a la misma idea. Se irá desvaneciendo con cada noche que pase. De modo que podrá usted comprender por qué todo el mundo está orgulloso de su hijo.

Todo esto está muy bien, pensó Nick para sí, pero no me traerá de vuelta a *Horace*. Triste, siguió los pasos de su padre y el señor McKenna cuando emprendieron el camino de vuelta hacia la casa.

Los incansables zancajos también iban junto a ellos, dando brincos.

## CAPÍTULO

# 17

Cuando alcanzaron el terreno de rocas blanquecinas fragmentadas, el padre de Nick y el señor McKenna se detuvieron. Nick y los zancajos se pararon también. Durante largo rato, permanecieron observando la cicatriz de Glimmung, el inmenso precipicio cortado en el pico de la inhóspita e irregular colina.

Cada uno de ellos permaneció sumergido en sus propios pensamientos. Nadie habló.

—Aquí es donde apareció Glimmung por primera vez —dijo por fin un zancajo, para información del padre de Nick y del señor McKenna.

—Yo ya sabía eso —contestó el señor McKenna—. Todo el que vive en este mundo lo sabe.

Había adoptado una actitud grave e intimidante, al igual que el padre de Nick.

—¿Está ahí ahora? —les preguntó el padre de Nick a los zancajos—. ¿Ha regresado ahí después de que lo hiriesen?

—Tal vez —trinaron al unísono los zancajos. No parecían asustados—. De ser así, no se dejará ver.

Retomaron el camino.

Un maullido muy lejano llegó hasta Nick. El sonido flotaba sin rumbo en el aire inhóspito. Ondeaba, se desvanecía, y luego regresaba con más fuerza.

—*Horace* —dijo Nick.

Lo supo enseguida, reconoció su voz. De pronto, salió del camino saltando ágilmente sobre las piedras y aquellas superficies a modo de bloques que parecían hechos de escoria fundida.

—Creo que el sonido viene de aquella dirección —dijo.

Se tambaleó y luego se apresuró en subir por la pendiente de la colina, hacia la cicatriz de Glimmung.

—¡Nick, detente, no des ni un paso más! —le gritaron al unísono su padre y el señor McKenna.

—Vuelvo enseguida —contestó Nick, hablándoles por encima del hombro.

De nuevo, volvió a oír el maullido. Sabía que se trataba de *Horace*. El gato, perdido en algún lugar de aquellas colinas yermas... no sobreviviría por mucho tiempo allí. Nada sobreviviría en aquel lugar nunca más. No desde la llegada de Glimmung.

Se detuvo un instante, jadeando para recuperar el aliento.

Por encima de él, cerca de la cicatriz de Glimmung, apareció una figura pequeña y negra, que se detuvo allí, sin saber por dónde seguir. Era *Horace*.

—*Horace* —musitó Nick, y comenzó a escalar de nuevo.

Continuó esforzándose por seguir adelante, jadeando, con las rocas tambaleándose bajo sus pies. En un momento dado, un descomunal fragmento de roca volcánica se desprendió y se estrelló junto a él, para luego desaparecer en su descenso. El aire se volvió denso, difícil de respirar, y Nick sintió que se asfixiaba. Qué aire tan extraño, se dijo, perplejo. Como si habitasen en él fragmentos de arena. Tosió, hizo una pausa para recuperar el aliento y alzó la vista hacia la pendiente, tratando de distinguir a *Horace*.

Aún podía verlo. El gato estaba detenido sobre un saliente de roca, sosteniéndose en una postura inestable. Gimió de nuevo y, entonces, de repente, desapareció. Había saltado del saliente, se había marchado. Nick, respirando con dificultad, fue en su busca.

Llegó por fin a una zona llana. Una especie de meseta rocosa. Desde allí podía divisar todo lo que quedaba bajo él, en cualquier dirección. Abajo, muy a lo lejos, aguardaban en pie su padre y el señor McKenna, junto con los zancajos. Ninguno de ellos, ni tan siquiera los leales zancajos, lo habían seguido hasta tan lejos. Estaba completamente solo. El viento, frío y racheado, soplaba contra él y le tiraba de la camisa, cosa que lo hacía sentirse aún más solo. Qué lugar tan aislado, se dijo. Tan silencioso. Tan desprovisto de toda forma de vida.

Justo sobre él, encima de un peñasco, apareció *Horace*. En esa ocasión, el gato no emitió ningún gemido. Sencillamente, clavó la mirada en Nick con sus redondos ojos verdes. Esos ojos que parecían dos botones de cristal y que, como de costumbre, se abrían de par en par con asombro. El gato estaba cubierto de polvo y las toscas partículas habían tornado grisáceo su pelaje. Parecía muy fatigado.

—Quédate ahí —le dijo Nick, y continuó acercándose con cautela hacia el peñasco. Estiró el brazo tratando de agarrar al gato. Pero *Horace*, por alguna misteriosa razón, retrocedió lejos del alcance de las manos del chico—. Por favor.

Pero el gato permanecía fuera de su alcance. Tengo que subir más, se percató Nick. Encontró un saliente en el que apoyar un pie. Impulsándose hacia arriba, volvió a alargar la mano hacia el gato.

*Horace* ya había saltado tras el peñasco.

Jadeando y sin aliento, Nick se las arregló para alzarse hasta la cima. Desde allí podía ver la base de la otra cara del peñasco: un lugar pequeño y resguardado en el que no soplaba el viento. *Horace* se encontraba allí sentado, con una expresión de perplejidad en el rostro.

—Eres bobo —le dijo Nick entre resuellos—. Tan solo tienes que andar hacia mí unos cuantos pasos y esto habrá acabado. Después podremos marcharnos a casa y descansar. Por favor —le dijo, volviendo a tender una mano para agarrarlo.

Fue entonces cuando vio a la criatura-Nick.

Estaba de pie frente a *Horace*, sin moverse, sin hablar. No era de extrañar que el gato no supiese qué hacer. Esa cosa y yo, pensó Nick, somos idénticos. Sintió pavor. Se quedó mirando fijamente a la criatura que, a su vez, clavó la mirada en Nick. Pasó

mucho tiempo, o al menos pareció que había pasado mucho tiempo. Pero aun así, la criatura-Nick no se movió. Es cierto, pensó Nick, es una criatura-padre, la que me copia a mí. La que se escapó por detrás de la casa. Esa criatura sobre la que nos advirtió el nunk. La que me venía siguiendo. Y aquí está. Esperándome. Ha estado esperando a que yo subiese hasta aquí.

*Horace* volvió a caminar hacia la criatura-Nick como si tuviese intención de rozarse contra sus piernas.

—No —dijo Nick con severidad.

El gato dudó. Comenzó a alejarse de la criatura-Nick, y entonces se detuvo.

La criatura-Nick se inclinó y lo llamó.

—*Horace*.

Rápidamente, el gato corrió hacia él.

Lo he perdido, pensó Nick. Contempló cómo la criatura-Nick recogía del suelo a *Horace*. La vio enderezarse, sosteniendo al gato entre los brazos, acariciándolo.

—Devuélveme a mi gato —dijo Nick.

La criatura-Nick continuó abrazando a *Horace*.

—Quiero que me lo devuelvas. Es mío, no tuyo. ¿Me haces el favor de devolvérmelo?

Nick permaneció esperando.

La criatura-Nick sostuvo en alto al gato y se lo ofreció.

—Gracias —dijo Nick.

El muchacho se inclinó hacia abajo y tomó al gato de entre las manos de la criatura-Nick, que sonrió ligeramente, con una sonrisa lánguida y melancólica. A continuación, la criatura-Nick se dio la vuelta y se marchó, y Nick, abrazando a *Horace* con fuerza, la vio alejarse.

—Miau —maulló el gato lastimosamente.

Un paso tras otro, Nick descendió la colina rocosa de regreso al camino en el que su padre, el señor McKenna y los zancajos lo esperaban. Ellos no habían visto a la criatura-Nick. Tan solo él, Nick, aparte de *Horace*, sabía que había estado allí, pero el gato no podía entender lo que pasaba, de modo que no contaba.

—¿Estás bien? —le preguntó su padre.

—Sí —asintió Nick—. Estoy muy bien.

—Salgamos de estas colinas —insistió Pete—. Me provocan desasosiego. Me sentiré mucho mejor cuando llegemos a casa.

Emprendió el camino de regreso. Nick, el señor McKenna y los zancajos le siguieron el paso.

*Horace*, entre los brazos de Nick, ronroneaba y se frotaba contra él.

—Me alegro de volver a estar contigo —le dijo. El gato rozó suavemente la cabeza contra la mejilla del chico, mostrándole así su regocijo por estar con él de nuevo—. Apuesto a que les diste un buen mordisco a los trobes que te secuestraron. ¿No es así?

El gato, como asintiendo, continuó rozándose contra él. Parecía satisfecho de sí mismo, como si hubiese desempeñado una noble tarea.

—Sí —afirmó Nick—. Eso hiciste.

Volviendo la vista atrás, Nick buscó con la mirada a la criatura-Nick. No los había seguido.

—Ciudad Segura —sentenció uno de los zancajos con voz cantarina.

Y así era.

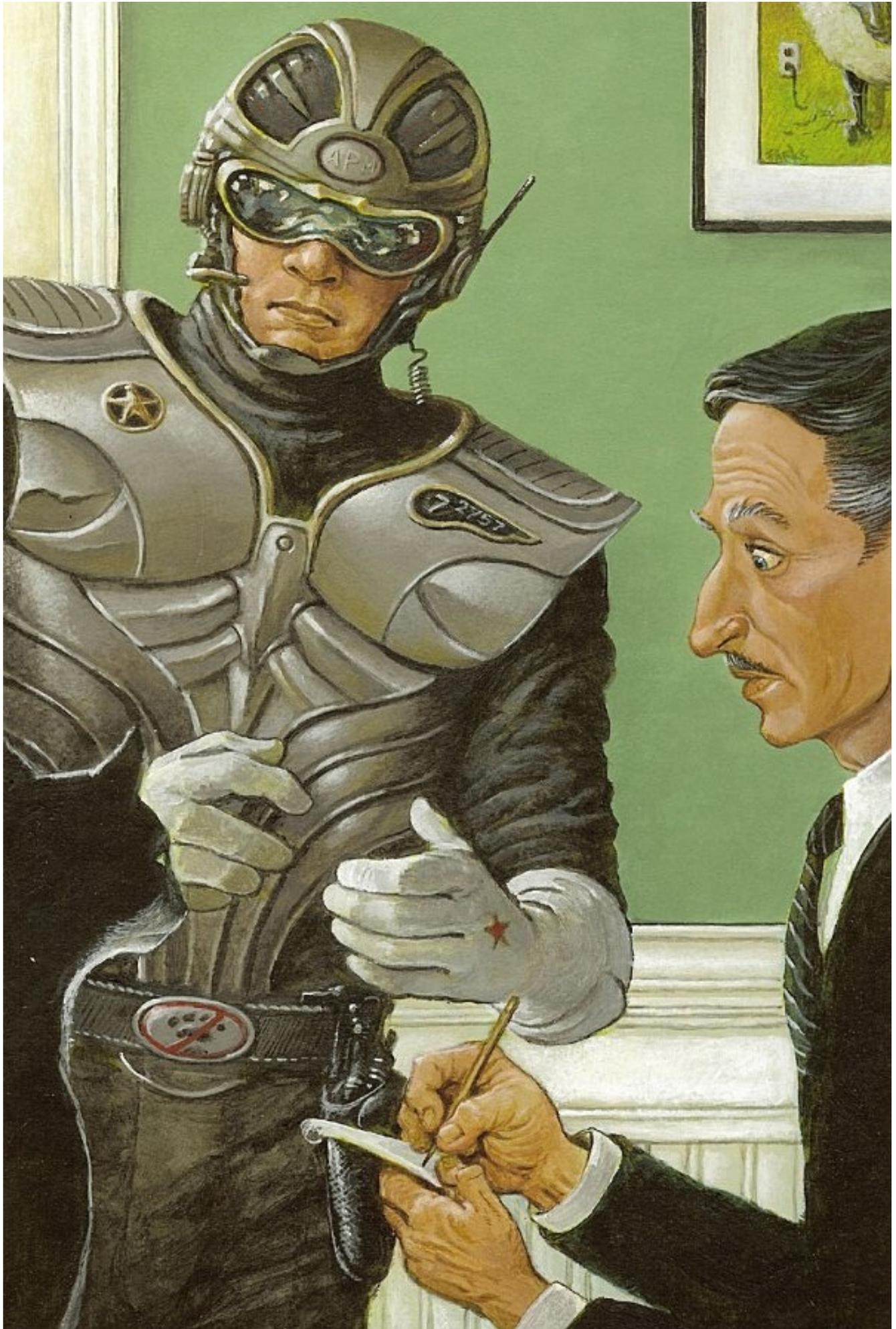
## LISTA DE ILUSTRACIONES

*Horace*, el periodista, y el agente antimascotas.

Los werjes secuestran a *Horace*.

La quema de la criatura-padre.

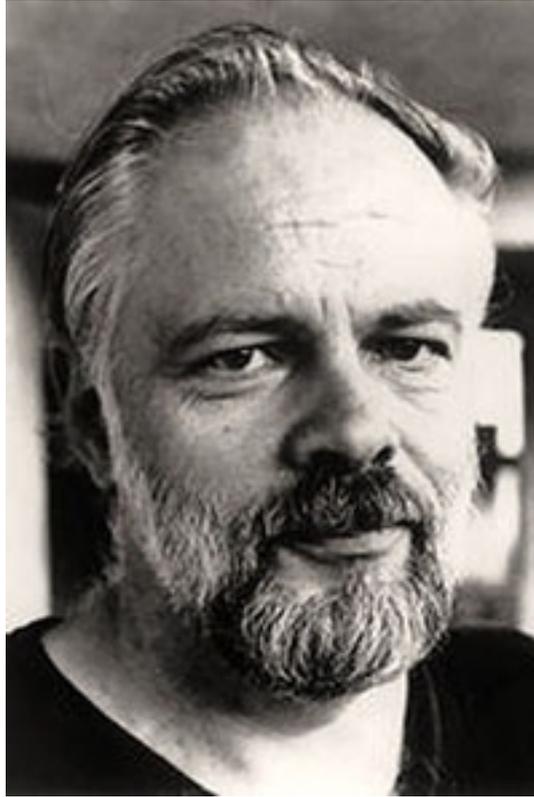
La llegada de Glimmung.











**PHILIP KINDRED DICK** (Chicago, Estados Unidos, 16 de diciembre de 1928 - Santa Ana, California, EE. UU., 2 de marzo de 1982), más conocido como Philip K. Dick, fue un prolífico escritor y novelista estadounidense de ciencia ficción, que influyó notablemente en dicho género. Dick trató temas como la sociología, la política y la metafísica en sus primeras novelas, donde predominaban las empresas monopolísticas, los gobiernos autoritarios y los estados alterados de conciencia. En sus obras posteriores, el enfoque temático de Dick reflejó claramente su interés personal en la metafísica y la teología. A menudo se basó en su propia experiencia vital, reflejó su obsesión con las drogas, la paranoia y la esquizofrenia en novelas como *A Scanner Darkly* y *SIVAINVI*.

Además de treinta y seis novelas, Dick escribió 121 relatos cortos. Gran parte de sus muchas historias cortas y obras menores fueron publicadas en las revistas *pulp* de la época. Aclamado en vida por contemporáneos como Robert A. Heinlein o Stanisław Lem, Dick pasó la mayor parte de su carrera como escritor casi en la pobreza y obtuvo poco reconocimiento antes de su muerte. Tras esta, sin embargo, la adaptación al cine de varias de sus novelas le dio a conocer al gran público. Su obra es hoy una de las más populares de la ciencia ficción y Dick se ha ganado el reconocimiento del público y el respeto de la crítica.